

La cultura socialista en España: de los orígenes a la guerra civil

Francisco de Luis Martín

Universidad de Salamanca

*«Educar y educar. He abí la obra revolucionaria, la única obra revolucionaria» [«El arráez Maltrapillo» (Juan José Morato), «En el aniversario de la Comuna ¡Educación!», *El Socialista*, 785, 22 de marzo de 1901, p. 1].*

Resumen: A partir de finales del siglo XIX, el socialismo español hará de la cultura un objetivo principal de su pensamiento y de su acción reivindicativa. Antes de indagar en el alcance de su «proyecto cultural», el artículo encara dos cuestiones previas y necesarias, aunque resbaladizas y complejas ambas: la definición de los conceptos de «cultura» y «mentalidad» y la existencia o no de una cultura y de una mentalidad obreras verdaderamente autónomas. El análisis de la «sociabilidad cultural socialista» se realiza a través de los cuatro grandes géneros o núcleos de producción que le caracterizaron: el educativo, el literario, el artístico y el del ocio. De esta manera, las escuelas para obreros, las bibliotecas y la lectura en los medios socialistas, el deporte, los cuadros artísticos, la producción literaria o las manifestaciones artísticas son algunos de los asuntos que se abordan en este trabajo. Un trabajo, en suma, que trata de plantear una interpretación del «modelo cultural socialista» desde el acercamiento a sus fuentes de inspiración y el contraste entre los propósitos planteados y las realidades alumbradas.

Palabras clave: PSOE, UGT, España, cultura, mentalidad, educación, arte, literatura, ocio.

Abstract: From the end of the 19th century on, Spanish socialism made culture a main objective of its thought and protest action. Before going into the scope of its «cultural» project, this article tackles two prior and necessary questions, both of which are delicate and complex: the definition of the concepts of «culture» and «mentality» and whether or not a truly autonomous working class culture and mentality exist. The analysis of «socialist cultural sociability» is carried out through the

four major genres or nuclei of production that characterize it: educational, literary, artistic and leisure. Thus, the schools for workers, the libraries and reading in socialist milieus, sport, artistic pictures, literary production or artistic expression are some of the subjects dealt with in this study. In short, it is a study that seeks to present an interpretation of the «socialist cultural model» by approaching its sources of inspiration and contrasting the proposals made and the realities produced.

Key words: PSOE, UGT, Spain, culture, mentality, education, art, literature, leisure.

Para Morato, al igual que para otros muchos dirigentes socialistas europeos y españoles, si bien la fuerza —que por entonces no era ya sinónimo de revolución, sino de presión y acción reivindicativa— jugaba un importante papel en las luchas contra la injusticia social, la emancipación definitiva sería, ante todo, obra de la cultura¹. En España, superada la primera etapa de claro obrerismo revolucionario y con ella las reminiscencias internacionalistas por un lado y la interpretación guesdista del marxismo —dogmática y mecanicista— por otro, el socialismo, al menos hasta la deriva nuevamente revolucionaria del largocaballerismo en la fase final de la Segunda República, hará de la cultura, entendida no sólo como saber y depósito de conocimientos, sino también y sobre todo como elemento fundamental en el proceso de toma de conciencia de la clase obrera e instrumento

¹ Las citas al respecto son abundantísimas y constantes. Basten como ejemplo las siguientes: DIEGO, F.: «El número tres», *El Socialista*, 634, 1 de mayo de 1898, p. 6; VERA, J.: «La educación socialista», *El Socialista*, 790, 1 de mayo de 1901, p. 1; IGLESIAS, P.: «Educación socialista», *Revista Socialista*, 49, 1905, pp. 6-9; DOMÉNECH, F.: *La educación socialista en España*, Madrid, Imprenta Calleja, 1906; CARRETERO, F.: *Catecismo de la doctrina socialista*, Bilbao, Librería de F. Carretero, 1906; MARTÍNEZ, R.: «Pan y letras», *Vida Socialista*, 138, 29 de septiembre de 1912, p. 15; BESTEIRO, J.: «D. Francisco Giner y el Socialismo», *Acción Socialista*, 50, 27 de febrero de 1915, pp. 2-3; MARTÍNEZ GIL, L.: «La educación obrera de clase», *El Socialista*, 4.560, 20 de septiembre de 1923, p. 4; CAMBRILS, M.: *Feminismo Socialista*, Valencia, Tipografía «Las Artes», 1925; ROMÁ RUBIES, A.: «Pablo Iglesias, pedagogo insigne», *El Socialista*, 5.284, 11 de enero de 1926, p. 3; CHUECA, J.: «La cultura ideal y el ideal de la cultura», *El Socialista*, 5.424, 23 de junio de 1926, p. 1; CABEZAS, F.: *¡Despierta labrador!*, Madrid, Gráfica Socialista, 1929; CORDERO, M.: «La educación de la juventud», *Boletín del Sindicato Obrero de las Artes Blancas Alimenticias*, 10, enero de 1930, p. 15; SABRÁS, A.: «Socialismo y cultura», *El Socialista*, 6.776, 26 de octubre de 1930, p. 1; CORDERO, M.: *Los socialistas y la revolución*, Madrid, Imprenta Torrent, 1932.

de redención de la misma, un objetivo nuclear de su proyecto político y una parte esencial del mismo. El abandono del determinismo revolucionario dejó vía libre al voluntarismo y la acción humana, lo que, a su vez, llevaría a primar la organización de los trabajadores, el universo ideológico socialista, una nueva moral de la clase obrera y la formación de los militantes, todo lo cual colocaba a la cultura —como norma táctica para superar el capitalismo y vía hacia la «futura sociedad igualitaria»— en el centro del pensamiento y de la acción socialista, tal y como ya venía ocurriendo en el seno de sus homólogos europeos. Una ubicación ésta que —en claro aviso tanto para los nostálgicos del «infantilismo revolucionario» como para los escorados hacia un «socialreformismo pequeñoburgués»— no parecía entrañar contradicción alguna con el marxismo y las ideas tradicionales del socialismo científico, por cuanto, según Julián Besteiro, la conquista de la cultura era un momento de la lucha de clases previsto ya por Marx. «Cuando Marx decía que había que ejercitar la lucha de clases para acabar con la existencia de las clases —anotaba el catedrático y líder obrero— no quería decir sino que había que llegar a un grado de cultura superior que permitiese la organización de la nueva sociedad. Y cuando nosotros decimos ahora que tenemos que luchar por la conquista de la cultura no queremos decir sino que el socialismo, que siempre ha tenido una fase destructiva y una fase constructiva, va acentuando cada vez su esfuerzo de construcción, y ahora se trata, no de producir de una vez, por un acto milagroso, la sociedad del porvenir, sino de ir produciendo todos los días por la conquista de la cultura y por la aplicación de los medios que la cultura nos permite»². La cultura se convirtió así en la nueva religión del obrero socialista y el esfuerzo por obtenerla, especialmente mediante la participación en los organismos e instituciones de educación obrera, a los que más adelante he de referirme, en una de las principales señas de identidad del «obrero consciente»³. Pero si la preparación de los militantes resultaba imprescindible para la construcción del socialismo, es decir, para consolidar y mejorar la organización proletaria y ponerse en condiciones «para el momento en que los “des-camisados” sean el factor decisivo en los destinos de los pueblos»⁴,

² BESTEIRO, J.: «Romanticismo y socialismo», *El Socialista*, 6.524, 5 de enero de 1930, p. 1.

³ Véase, entre otros muchos textos, «Cualidades que deben tener los socialistas», *El Socialista*, 4.728, 3 de abril de 1924, p. 2.

⁴ LARGO CABALLERO, F.: «Hay que prepararse», *Boletín de la Unión General de Trabajadores de España*, 1, enero de 1929, p. 1.

no había que descuidar, sin embargo, la educación y la cultura del conjunto de los ciudadanos. Porque mientras el analfabetismo, al incapacitar a las masas para conocer y defender sus intereses y los de su clase, se convertía en el más poderoso mecanismo de resistencia al cambio social y político —el obrero analfabeto era un contrarrevolucionario, afirmaba Ramos Oliveira—, la educación del pueblo, por contra, era el mejor camino para su emancipación; un pueblo, sostenía también el historiador socialista, que «está tanto más cerca del socialismo cuanto mayor es su patrimonio de cultura en todos los órdenes»⁵. De ahí que el PSOE a partir de la segunda década del siglo XX se fijara como un objetivo prioritario la transformación de la enseñanza pública en un sentido profundamente democrático y modernizador, tomando como modelo la escuela única y las más avanzadas corrientes pedagógicas europeas y americanas. Su propuesta escolar, escasamente original en sus planteamientos debido sobre todo a los préstamos conceptuales y metodológicos tomados de la Institución Libre de Enseñanza, encarnaría en las «Bases para un programa de Instrucción Pública», ponencia educativa presentada por Lorenzo Luzuriaga en nombre de la Escuela Nueva al XI Congreso del partido, celebrado en 1918. La ponencia aprobada se convertiría en el programa educativo del socialismo hasta después de la guerra civil y algunos de sus puntos se pudieron aplicar, como es bien sabido, durante la Segunda República⁶. No será, con todo, este aspecto objeto de análisis en mi trabajo, lo que obedece no sólo a razones de espacio y a estar ya suficientemente estudiado, sino también a la propia definición de lo que debe entenderse por cultura socialista.

La cultura socialista: definición y límites

Una cuestión previa es la de tratar de aclarar qué es eso que llamamos «cultura» y la necesidad de no confundirla, pese al frecuente uso indistinto de ambos términos, con la «mentalidad». Aunque existan los matices, las posiciones mayoritarias entre los estudiosos han

⁵ RAMOS OLIVEIRA, A.: *Nosotros, los marxistas: Lenin contra Marx*, Madrid, Ed. España, 1932, pp. 208 y 210.

⁶ Véanse, entre otros muchos, los ya clásicos trabajos de PÉREZ GALAN, M.: *La enseñanza en la II República*, Madrid, Edicusa, 1977, y MOLERO PINTADO, A.: *La reforma educativa de la Segunda República*, Madrid, Santillana, 1978.

solido dividirse entre los que han visto —y ven— la cultura como una única e indivisible realidad, la Cultura con mayúsculas, sin connotación social o de clase, por más que sus manifestaciones sean muy distintas en función de variables como la geografía, las tradiciones o la misma procedencia social de sus hacedores, y los que establecen una divisoria cultural en relación con las diferencias de clase social —por ejemplo: cultura patricia *versus* cultura popular; cultura burguesa *versus* cultura obrera; cultura elitista frente a cultura de masas...— y entienden la cultura como un instrumento o una manifestación de las divisiones y las luchas sociales. Hay también quienes niegan la existencia de la mentalidad como sujeto y objeto historiográfico, mientras que para otro sector de investigadores llega a ser casi lo único importante, hasta el punto de borrar o diluir cualquier otra dimensión del pasado. Para intentar salir airoso de este monstruo nominalista que amenaza con engullir todo lo que caiga en él y evitar al mismo tiempo la anfibología de uso que ha venido padeciendo históricamente el término «cultura» por su identificación con el de «educación», no hay otro camino que acudir a aquellas disciplinas —la antropología cultural y social, la lingüística y la sociología esencialmente— que se han ocupado más en detalle de estos temas, contribuyendo con sus enfoques y aportaciones metodológicas a crear una interdisciplinariedad que resulta indispensable para nuestro propósito.

La definición clásica y básica de la cultura, auspiciada por la antropología y la sociología, la describe como un conglomerado de creencias, valores, usos, costumbres, normas y técnicas de un grupo social concreto que pretenden tener un carácter global de explicación e integración con la realidad, que además son capaces de ser transmitidos mediante el aprendizaje y que se manifiestan de forma palpable en una serie de actos de contenido social o en la creación de elementos materiales —los «artefactos» de la antropología—. Por tanto, la cultura no es algo espontáneo, ni permanente, sino fruto de un proceso evolutivo social, de una formación vinculada al largo plazo temporal, de una aculturación a través de la asimilación de otras culturas bien por la incorporación de rasgos aislados o bien por la mera adaptación de los mismos. Por otro lado, parece hoy fuera de toda duda que las clases sociales, definidas por su situación en el proceso productivo-social, no son capaces por sí solas de autoabastecerse culturalmente de forma completa y, además, les resulta

imposible sustraerse a la influencia de las otras estructuras culturales que las engloban e influyen. Por otro lado, el «grupo» de obreros y militantes socialistas fue en todo momento un colectivo heterogéneo y muy plural donde los procesos de división del trabajo, las diferencias salariales, la diversa jerarquización laboral, el peso de las tradiciones locales —junto al sustrato cultural tan distinto entre el campo y la ciudad—, en suma, la complejidad y disparidad entre ellos, lo convierten en un grupo «secundario» marcado mayoritariamente por unas relaciones de tipo indirecto. Todo lo cual lleva a concluir, como atisbaron intelectuales y dirigentes socialistas como Araquistáin o Zugazagoitia, que no existió —ni existe, obviamente— una cultura socialista española, ni tan siquiera una cultura obrera, como no existió una cultura socialista u obrera francesa, británica, belga o alemana. Por idénticas razones, no se puede afirmar la existencia de una cultura burguesa o de una cultura aristocrática como estructuras culturales autónomas o independientes, mientras que sí podemos reconocer una cultura soviética, la cultura francesa napoleónica o, por citar un último ejemplo de lo más obvio, la griega del siglo de Pericles. Y aunque en cada una de estas últimas existiese una clase o grupo social dominante, la estructura cultural creada sobrepasó con creces a este segmento dirigente y aun a su mismo espacio geográfico originario presentando una uniformidad y una cohesión que no se encuentra jamás en eso que se ha dado en llamar «cultura obrera». Si podríamos, en cambio, darle la consideración tipológica de «subcultura», entendida como una forma diferente de vivir una cultura común, es decir, como una simple versión adaptada, como pueden serlo las variantes urbana y rural o juvenil y adulta o masculina y femenina. Incluso, si bien sólo en momentos muy concretos, de «contracultura», entendida, en este caso, como una manifestación o un movimiento de rebeldía frente a la cultura hegemónica.

Conviene aclarar también que la negación de su naturaleza, es decir, de un universo cultural con carácter autónomo o específico, fenómeno que debe extenderse a cualquier otro país o entorno geográfico-cultural⁷, no significa que en el seno de la clase obrera española en general y del socialismo en particular no coexistieran distintas

⁷ Hablando de la clase obrera francesa y de su proyecto cultural, Jacques Rancière sostiene que su principal característica fue tratar de apoderarse del entorno cultural del momento. RANCIÈRE, J.: *La Nuit des prolétaires (archives du rêve ouvrier)*, Paris, Fayard, 1981.

formas o manifestaciones culturales, con un mayor o menor calado según las regiones y las localidades, según los subgrupos de todo tipo —políticos, sindicales, laborales...⁸— y según la época. Algunas de ellas fueron la cultura tradicional agraria, la cultura popular urbana, las culturas políticas obreras y lo que podríamos llamar la «gran cultura». Como quiera que razones de espacio me impiden desarrollar qué aspectos o de qué forma estas «culturas» informan el universo socialista y puesto que he dedicado en otros trabajos alguna atención al tema⁹, baste decir aquí que es en esta «multiculturalidad» en donde hay que bucear al objeto de constatar el grado de asimilación o de rechazo de cada una en los ámbitos socialistas, así como las capacidades de permeabilidad y las síntesis culturales efectuadas, pues, a la postre, son estos fenómenos los que configuran la «mentalidad socialista» y los comportamientos individuales y de grupo de los socialistas españoles. Porque, en efecto, la inexistencia de una cultura propia, como vengo manteniendo, no empece para reconocer una mentalidad obrera —y socialista— de hecho. Sin poder extenderme tampoco en este asunto, conviene recordar que el término «mentalidad» —mucho más impreciso en sus límites definitorios que el de «cultura»— es al mismo tiempo múltiple —por lo que mejor sería hablar de mentalidades en plural— y fragmentario —ya que hay, al menos, una mentalidad individual y otra grupal—, y que la mentalidad del grupo no es la suma de las mentalidades individuales

⁸ Una división fundamental en el interior del «grupo» socialista y que, sin duda, ayuda a explicar buena parte de las «contradicciones» culturales del socialismo en todo tiempo y lugar, así como la influencia de unas culturas o de otras es la que se da entre la élite rectora —una minoría culta y consciente— de las organizaciones, lo que Hobsbawm y otros autores llaman la «aristocracia obrera», y los militantes de base. Si los referentes de aquélla no eran otros que los de la cultura a secas, sin apellidos ni genealogía de clase, los segundos se encontraban muy influidos o permeados por la cultura popular. Sobre este decisivo asunto, remitimos al lector interesado, entre otros varios trabajos, a HOBBSAWM, E.: *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987, especialmente el capítulo 9: «La formación de la cultura obrera británica», pp. 216-237; SERRANO, C.: «Cultura popular/cultura obrera en España alrededor de 1900», *Historia Social*, 4, primavera-verano de 1989, pp. 21-31, y LUIS MARTÍN, F. de: *La cultura socialista en España, 1923-1930*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993, pp. 249-250.

⁹ Una sistematización, aparecida recientemente, se encuentra en LUIS MARTÍN, F. de, y ARIAS GONZÁLEZ, L.: «“Mentalidad” y “Cultura” obrera en la España de entresiglos: vindicaciones, planteamientos e incertidumbres historiográficas», *Historia Contemporánea*, 24, 2002, pp. 389-427.

de quienes lo integran, sino que conforma otra distinta, de manera que es posible discernir rasgos y temáticas vitales comunes a los militantes socialistas. En este sentido, podría definirse la mentalidad como el modo de ver y valorar las cosas a través de nociones sentimentales del tipo simpatía/antipatía y prejuicio; o dicho de otra forma, la mentalidad constituiría una actitud espiritual e intelectual que se adopta frente a la realidad circundante en forma de vínculo ideológico unipersonal y que, a la vez, une al individuo con el grupo de pertenencia, grupo que posee una serie de principios, valores y formas de actuar en las que aquél —el individuo— se identifica y se siente «a gusto», aceptado y cómodo. La «mentalidad socialista» abarcaría de este modo toda una escala de propósitos que iría desde el extremo más elevado, que normalmente sería la consecución de un ideal utópico finalista —«la sociedad sin clases», «el socialismo»...—, pasando por unas determinadas pautas de comportamiento —«el buen socialista», «el obrero consciente»...— que incluye un determinado sistema de crítica aplicado a la realidad, hasta una serie de hábitos y costumbres cotidianas mucho más modestos y prosaicos, como podían ser comprar y leer *El Socialista*, acudir a los actos del Primero de Mayo, casarse por lo civil, llevar blusa o afiliarse a la Casa del Pueblo.

Si tenemos presentes las reflexiones anteriores y que el objetivo último del esfuerzo cultural desplegado por las organizaciones y los militantes socialistas no era otro que la emancipación obrera, por lo que la cultura en realidad se convertía en un medio o instrumento al servicio de la concienciación de clase y de esa emancipación, no en un fin en sí mismo, se podría concluir afirmando que la subcultura socialista fue una más de las varias culturas o subculturas políticas de izquierdas que se dieron en nuestro país; unas culturas que se caracterizaron todas ellas por la consecución de una finalidad inmediata prioritaria: la educación política —entendida en su sentido más amplio, que incluye, además de la formación en los dogmas y principios programáticos o estrictamente políticos, otros valores, normas de conducta, símbolos, un código ético...— de sus militantes como medio de conquista del poder. En este sentido, la cultura socialista puede considerarse como la cultura de un grupo cerrado en sí mismo, poseedor de un espacio sagrado —la Casa del Pueblo—, de unos mecanismos y de unos productos culturales y de una simbología propia y sacralizada que, con sus debilidades y contradicciones, trató de

diferenciarse del resto de los sectores políticos, incluidos los de la izquierda¹⁰. Y puesto que tanto la simbología como los centros obreros fueron, a un tiempo, recipiendarios y expresión de esa cultura o subcultura socialista vehiculada fundamentalmente a través de tres grandes géneros o núcleos de producción, el educativo, el literario y el artístico, en las páginas que siguen me voy a ocupar de estos apartados —más un cuarto, relativo al ocio— que compendian y comprenden lo principal, si no todo, de la actividad cultural socialista¹¹.

La labor educativa

Una primera y esencial precisión resulta pertinente para entender éste y los siguientes apartados: la de que los socialistas, al igual que otros muchos grupos sociales y políticos, usaban los conceptos «cultura» y «educación» en sentido equivalente, identificándolos o confundiéndolos sin más. Ambos términos aludían frecuentemente a una misma realidad, la formación o capacitación del obrero, y se empleaban indistintamente para referirse a las mismas cosas: los instrumentos para lograr dicha formación. Unos instrumentos que incluían desde actividades propiamente educativas y de carácter reglado, como las experiencias escolares, las de formación profesional o las de pre-

¹⁰ Consideraciones muy atinadas sobre este asunto se encuentran en PÉREZ LEDESMA, M.: «La cultura socialista en los años veinte», en GARCÍA DELGADO, J. L. (ed.): *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1993, pp. 149-198.

¹¹ Algo parecido o igual puede decirse del anarquismo en España, pionero en la elaboración de una determinada «sociabilidad cultural», menos constreñida quizá y más densa sin duda que la socialista, con la que presenta similitudes evidentes pero también no escasas diferencias. De la abundante bibliografía dedicada al análisis de la subcultura anarquista, siguen siendo imprescindibles las obras de ÁLVAREZ JUNCO, J.: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1976, y LITVAK, L.: *Musa Libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*, Barcelona, Antoni Bosch, 1981. Un trabajo reciente, muy completo y riguroso, con muchos de sus planteamientos extrapolables al ámbito espacial y cronológico que aborda, es el de NAVARRO NAVARRO, F. J.: *Ateneos y grupos ácratas. Vida y actividad cultural de las asociaciones anarquistas valencianas durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2002. Un intento de estudio comparado anarquismo-socialismo puede verse en LUIS MARTÍN, F. de: «Las respuestas obreras a la cultura oficial en la España del primer tercio del siglo XX», en CHALMETA, P. et al.: *Cultura y culturas en la Historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1995, pp. 169-190.

paración doctrinal y societario, hasta otras no regladas que afectaban al mundo del arte, la edición de libros o el fomento de la lectura, pasando por aquellas que, como las de naturaleza deportiva, teatral o musical, buscaban llenar el ocio y el tiempo libre de los militantes. Todas ellas son, por tanto, manifestaciones de la cultura asociacionista que caracterizó al socialismo español, de su «sociabilidad cultural», la cual, a su vez, formaría parte de un todo más amplio, que incluiría cooperativas, mutualidades, dispensarios médicos y otro tipo de sociedades, y que muy bien podría llamarse «la sociabilidad formal socialista»¹².

El abandono del radicalismo doctrinal que caracterizó la primera etapa de la vida del socialismo tuvo hondas repercusiones, no siendo la menor la que afectó al plano educativo y cultural, que cobra a partir de entonces una dimensión nueva y prioritaria —al menos, teóricamente— entre los objetivos de las organizaciones obreras. Los alegatos, artículos y trabajos —escritos muchos de ellos por los principales dirigentes socialistas, como Iglesias, Quejido, Vera o Morato— en pro de la educación de los trabajadores cobraron una dimensión nueva y desconocida hasta entonces. Y aunque inicialmente la educación de la que se hablaba no se refería a la instrucción formal o a la enseñanza escolar, sino a un concepto más amplio y difuso dirigido a los militantes adultos que se identificaba con su elevación intelectual, moral y política y cuyo principal agente no era ningún tipo de escuela sino la propia organización obrera¹³, a partir del cambio de siglo se fue poniendo el acento cada vez más en la edu-

¹² No es éste el lugar para analizar y valorar las aportaciones del concepto «sociabilidad» desde que Maurice Aghulon lo convirtiera en una categoría historiográfica de primer orden, ni las de su jerarquización —desde la más sencilla, que entiende la existencia de dos grandes grupos: la sociabilidad formal y la informal— y su aplicación al mundo de la cultura. Reflexiones muy interesantes, en todo caso, sobre la producción historiográfica en España pueden encontrarse en MAURICE, J.: «Propuestas para una historia de la sociabilidad en la España contemporánea», *Estudios de Historia Social*, 50-51, 1989, pp. 133-193, y CANAL, J.: «La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea», *Historia Coontemporánea*, 7, 1992, pp. 183-205. Una excelente aplicación de este ámbito historiográfico al mundo obrero es la de RALLE, M.: «La sociabilidad obrera en la sociedad de la Restauración», *Estudios de Historia Social*, 50-51, 1989, pp. 161-199. Muy interesante también resulta el libro de URÍA, J.: *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*, Madrid, UGT, 1996.

¹³ Véase *El Socialista*, 738, 1 de mayo de 1900, p. 4.

cación reglada de los adultos y, sobre todo, en la de la infancia y la juventud obreras¹⁴. De esta manera y al socaire del crecimiento experimentado entonces por el sindicato socialista, desde la primera década del siglo XX se desarrollará una significativa red de iniciativas educativas. Conviene subrayar al respecto que lo que podría llamarse el «modelo escolar socialista» no incorporó ninguna novedad teórica o pedagógica ni se hizo eco tampoco de los postulados marxistas —en ningún momento, por ejemplo, se expresó la idea marxiana de unidad de trabajo productivo y formación intelectual, ni se mencionó el principio de educación politécnica—, mostrándose siempre tributario de otras tendencias, especialmente del anarquismo y, sobre todo, de la Institución Libre de Enseñanza y a su través de las corrientes pedagógicas más modernas. Del primero, y más en concreto del movimiento educativo ferrerista —cuyo buque insignia fue, como es bien sabido, la Escuela Moderna—, procedía el concepto y la dimensión «racionalista» con el que los socialistas definían a sus escuelas¹⁵; de la segunda el concepto de «laicismo» y todo un conjunto de postulados pedagógicos —en gran parte también presentes en los centros racionalistas anarquistas— que debían encarnar en la práctica escolar y que incluían el rechazo a cualquier dogmatismo, el puerocentrismo, el activismo, el contacto con la naturaleza, el desarrollo de la formación física y de la educación artística, la relativización de los exámenes —cuando no su supresión— y de los libros de texto como instrumentos centrales del aprendizaje, así como de los premios y castigos, el pacifismo o la coeducación¹⁶.

Pero si los planteamientos fueron realmente modernos, la realidad, es decir, las realizaciones, fue mucho más magra y ni siquiera estamos en condiciones de poder asegurar que muchos de aquéllos se llevaran a cabo en la práctica por la falta de información precisa acerca de los métodos aplicados y la actividad cotidiana. Sin embargo, la propia

¹⁴ JUDERÍAS, J.: «La clase obrera y el problema de la infancia», *El Socialista*, 1.156, 1 de mayo de 1908, p. 3.

¹⁵ Véase, por ejemplo, EL ABATE FERRI: «Por la Escuela Moderna. La escuela laica y racionalista», *Vida Socialista*, 4, 23 de enero de 1910, p. 8, y MARTÍNEZ, R.: «La educación racionalista y las organizaciones obreras», *Vida Socialista*, 10, 6 de marzo de 1910, p. 14.

¹⁶ Véanse, a título de ejemplo, SOCIEDAD OBRERA DE ESCUELAS LAICAS DE MADRID: *Reglamento interior*, Madrid, Imprenta de I. Calleja, 1908, pp. 3-4; ORTIZ, J.: «La escuela laica», *El Socialista*, 1.259, 1 de mayo de 1910, p. 4; MARTÍNEZ, R.: «Nuestras escuelas», *Vida Socialista*, 178, 13 de julio de 1913, p. 5.

precariedad en la que se desarrollaron estas escuelas, además de opiniones que apuntan claramente en ese sentido¹⁷, permite sospechar que una cosa fueron los deseos y otra la realidad. Porque, en efecto, la red de escuelas puesta en pie por las organizaciones socialistas, la mayoría ubicadas en las casas del pueblo, contaron siempre con graves dificultades económicas y, como consecuencia de ello, dispusieron de un material escolar escaso y de poca calidad y de unas posibilidades de desarrollo muy limitadas¹⁸. Como limitado fue su número, en torno a la cincuentena¹⁹, y los alumnos que llenaban sus aulas, que no sobrepasaron en la mejor de las situaciones los 3.500. Muchas de ellas se utilizaron también para la educación de adultos, impartiendo los mismos maestros —todos de filiación socialista, lo que permite suponer una orientación militante de la enseñanza a pesar de las consignas de neutralidad religiosa y política— clases nocturnas y especiales para los trabajadores. Y así como el cuadro de materias de las escuelas primarias apenas se diferenciaba del de las sostenidas por el Estado, los contenidos en este caso semejaban también los de la red pública y abarcaban desde una instrucción primaria —la más importante a causa del analfabetismo real o funcional— hasta clases de perfeccionamiento en diversas materias —aritmética, geometría, gramática o geografía— y una formación que podríamos llamar práctica —dibujo lineal, cálculo mercantil, corte y confección, caligrafía y taquigrafía, etc.—. En ocasiones, se impartió también una iniciación al teatro y a la música, con la enseñanza de solfeo y canto, declamación, guitarra y bandurria, etc.²⁰

¹⁷ Este fue el caso, entre otros, de Manuel Cordero, para quien las escuelas socialistas no habían tenido mucho éxito ni podían tenerlo por la sencilla razón de que «una escuela para estar bien instalada y bien atendida consumía mucho dinero y la masa obrera no lo tenía». CORDERO, M.: *Los socialistas y la revolución*, Madrid, Imprenta Torrent, 1933, pp. 142-143.

¹⁸ Cfr. LUIS MARTÍN, F. de: «Socialismo y educación en España: las escuelas primarias obreras en la década de los años veinte», *Studia Zamorensia*, vol. 12, 1991, pp. 133-153.

¹⁹ La primera de la que tenemos noticia es la de la Casa del Pueblo de Alcira, fundada en 1903, seguida dos años después por la de Almansa y la del Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores de Madrid. Entre las más concurridas habría que destacar las de Villarreal en Badajoz, con unos 300 alumnos, Sama de Langreo y Turón, ambas en Asturias, con casi 250 y 200 alumnos respectivamente, y Chamartín de la Rosa, en Madrid, con otros 200.

²⁰ Cfr. LUIS MARTÍN, F. de: «Alfabetización y prácticas de escritura en los obreros

Una de las iniciativas educativas más interesantes y más consolidadas fue, sin lugar a dudas, la escuela de párvulos «Cesáreo del Cerro», «legítimo orgullo de la clase trabajadora», en opinión de Amaro del Rosal y conocida popularmente en Madrid como «la escuela de los socialistas»²¹. La viabilidad económica de la escuela, gracias al testamento del industrial madrileño Cesáreo del Cerro, fallecido en 1915, la dedicación consagrada a la misma por parte de Besteiro, una organización y un plan educativo verdaderamente avanzados —con unos planteamientos pedagógicos que emanaban directamente de la moderna concepción de los «Jardines de Infancia» iniciada por el alemán Froebel y adoptados en España por la ILE— y una cuidada selección del personal docente, encabezado por la veterana maestra Carmen García Moreno, son los factores que explican el éxito de una experiencia que, por las muchas trabas administrativas interpuestas por los gobiernos monárquicos primero y la dictadura primorriverista después, no se inauguraría hasta julio de 1928²².

A partir del cambio de siglo, los socialistas pusieron en pie también una pequeña pero significativa red de centros de formación técnica o profesional, siendo el primero de todos ellos la Escuela de Aprendices Tipógrafos, de la Asociación del Arte de Imprimir, que comenzó a funcionar en octubre de 1905 con García Quejido a su frente y se mantuvo en un nivel de actividad muy decoroso hasta la misma guerra civil²³. Entre sus alumnos, en torno a los ciento cincuenta en los años veinte y treinta, hubo algunos que fueron después destacados dirigentes obreros, así como hábiles tipógrafos e impresores; es el caso, por citar sólo unos pocos, de Andrés Saborit, Cayetano Redondo, José López y López o Ramón Lamonedá. Pero la más

socialistas», en CASTILLO GÓMEZ, A. (coord.): *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares*, Gijón, Trea, 2002, pp. 89-128.

²¹ ROSAL DÍAZ, A. del: *Historia de la UGT de España, 1901-1931*, Barcelona, Grijalbo, 1977, p. 127.

²² Un estudio pormenorizado de la escuela y de la Fundación del mismo nombre puede verse en LUIS MARTÍN, F. de: «Un proyecto educativo-cultural socialista: la Fundación Cesáreo del Cerro», *Historia de la Educación*, 7, 1988, pp. 179-202, y en VILLANUEVA VALDÉS, M. A.: *La Fundación Cesáreo del Cerro*, Madrid, UGT, 1989.

²³ MORATO, J. J.: «La Escuela de Aprendices Tipógrafos», *Tiempos Nuevos*, 47, 25 de marzo de 1936, p. 31, y ROMERO CUESTA, L.: «La Escuela de Aprendices Tipógrafos. Su vida. Su obra», en *Almanaque de El Socialista para 1929*, Madrid, Gráfica Socialista, 1928, p. 171.

sólida de todas las iniciativas en este campo²⁴ fue sin lugar a dudas la Escuela de Aprendices Metalúrgicos del sindicato madrileño «El Baluarte», que funcionaría de manera solvente desde su creación en diciembre de 1926 hasta la llegada de la guerra civil²⁵.

No podría terminarse este apartado sin una mención, por breve que sea, a la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza (FETE), el sindicato ugetista de los docentes cuya más genuina aportación al mundo de la enseñanza tuvo lugar durante la guerra civil. Su más lejano precedente se encuentra en la Asociación de Profesores Racionalistas, creada en mayo de 1909 por los maestros de las escuelas socialistas de Madrid y que desapareció en 1919, justo en el momento en que se producía la refundación de la Asociación General de Maestros tras una etapa anterior de vida efímera. Pero la AGM se desarrolló muy lentamente, estando a punto de morir en los años de la dictadura primorriverista. Con la caída del dictador inició un fecundo periodo de reorganización y crecimiento con Rodolfo Llopis, Manuel Alonso Zapata y Dionisio Correas a su frente. En junio de 1931 —contaba entonces con 1.500 afiliados— se transformó en FETE, estando dirigida durante el primer bienio republicano por viejos militantes afiliados al PSOE, de tendencia reformista, ligados en mayor o menor medida a la ILE y colaboradores con la administración republicana en las transformaciones del sistema educativo nacional que se acometió en esos años. Manuel Alonso Zapata y Dionisio Correas, secretario general y presidente respectivamente del sindicato, fueron las figuras más representativas de este sector. Enfrentado a él desde el primer momento estuvo otro grupo, en su mayoría militantes del PCE, que al socaire del cambio de clima político y social tras la victoria de la derecha en las elecciones de 1933 y la radicalización de las organizaciones socialistas, se harán con el control del sindicato desde 1934. Partidarios de la revolución obrera, defensores de los postulados marxianos en la enseñanza y del modelo educativo esta-

²⁴ Algunas de las que tenemos noticia fueron la Escuela de Chóferes de Madrid (1910-1913), una Academia de Corte (1911-1916) y la Escuela del Corte del Sindicato de la Aguja (1919), ambas en Madrid también, la de Aprendices Tipógrafos de Sevilla, la textil de Béjar (Salamanca), las de Aprendices Metalúrgicos de Reinosa y Valencia o los cursos de formación profesional impartidos en la Escuela Nueva de Núñez de Arenas.

²⁵ Cfr. LUIS MARTÍN, F. de: «Dos experiencias socialistas de Formación Profesional en el primer tercio del siglo XX: las Escuelas de Aprendices Tipógrafos y de Aprendices Metalúrgicos», *Historia de la Educación*, 9, 1990, pp. 233-253.

liniano de la URSS, sus figuras más conocidas fueron César García Lombardía —el nuevo y flamante secretario general de la FETE—, Félix Bárzana, Domingo Amo y Ramón Ramírez²⁶. Las condiciones creadas por la guerra coadyuvaron a hacer de la FETE una organización de masas, pasando de 5.000 a 30.000 afiliados en muy poco tiempo mediante la absorción de todas las organizaciones de maestros y profesionales de la enseñanza a excepción de las de filiación anarquista. Su absoluta compenetración con el Ministerio de Instrucción Pública bajo la dirección del comunista Jesús Hernández hizo que el sindicato participara activamente en las reformas planteadas en ese tiempo y que cobrara un protagonismo como nunca había tenido hasta entonces. El batallón «Félix Bárzana», las Milicias de la Cultura, la lucha contra el analfabetismo o las colonias infantiles, iniciativas todas ellas que caracterizaron el esfuerzo bélico y cultural tanto en los frentes como en la retaguardia, llevaron el sello de la FETE²⁷.

El «ocio creativo»

La extensión paulatina del descanso dominical a lo largo del primer tercio del siglo xx desde su consagración por la ley de 3 de marzo de 1904, la reducción de la jornada de trabajo, los horarios fijos de la labor industrial a turnos y la extensión de los modos de vida urbano son los principales factores que contribuyeron a cambiar —incluso a crear— espectacularmente las nociones tradicionales sobre el descanso y la forma de llenarlo. El socialismo no fue ajeno a este fenómeno, poniendo en marcha un conjunto de actividades «creativas» y de prácticas culturales que buscaban llenar el «tiempo de ocio» mediante la implicación directa en ellas —y no sólo como meros espectadores pasivos— de los militantes. El enriquecimiento personal, la solidaridad y la cohesión social, una «sana» diversión o la inculcación de valores y pautas de conducta fueron algunos de los objetivos perseguidos con estas actividades.

Una de las más interesantes fue la creación de cuadros artísticos y grupos teatrales compuestos por aficionados y que, con escasos

²⁶ *Id. Historia de la FETE (1909-1936)*, Madrid, Fondo Editorial de Enseñanza, 1998.

²⁷ *Id. La FETE en la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Ariel, 2002.

medios, lograron montar y escenificar obras de un repertorio muy variado. A imitación de la Asociación Artístico-Socialista de Madrid²⁸, creada a fines del siglo XIX por trabajadores de las sociedades domiciliadas en el Centro Obrero de la calle Relatores, en muchas casas del pueblo, especialmente a lo largo de la segunda y tercera décadas del siglo XX, se fundaron cuadros y grupos teatrales que amenizaban los actos más importantes de la vida societaria socialista hasta el punto de convertirse en un elemento característico e identificativo de la misma²⁹. Los autores más representados pueden ser incluidos bajo el marbete de un teatro de tesis, de carácter progresista y fondo social. Junto al omnipresente Joaquín Dicenta, con su *Juan José a la cabeza*³⁰, habría que citar a José Fola Igúrbide, Ibsen, Gorki, Galdós, Ángel Guimerá, José Luis Pinillos «Pármeno» o el catalán Ignacio Iglesias³¹. A su lado, se representaron también, aunque en menor medida, obras de Benavente, Martínez Sierra o Rusiñol y de autores socialistas, como Torralba Beci, Vicente Lacambra, Juan Almela Meliá o Francisco Olabuénaga. Pero junto a este teatro social, los grupos artísticos escenificaron también, y con no escasa frecuencia, obras representativas de un teatro regional y de un teatro intrascendente y de carácter consumista que gozaba de enorme éxito en las salas comerciales convencionales y que se trasladaron sin mayores reparos a los salones de teatro de las casas del pueblo y círculos socialistas. Sólo algunos escritores socialistas se permitieron criticar abiertamente esta práctica, tachándola de antisocialista. Ese fue el caso, por citar un ejemplo, del poeta y novelista Miguel R. Seisdedos, quien en cierta ocasión señalaba que «es algo bochornoso que nuestros Cuadros Artísticos desdeñen las obras del compañero Lacambra, impregnadas de socialismo, y lleven a la escena comedias de los

²⁸ Sobre su organización y sus fines, véase ASOCIACIÓN ARTÍSTICO-SOCIALISTA: *Reglamento*, Madrid, Imprenta de Fernando Cao y Domingo de Val, 1900.

²⁹ Véase, entre otros muchos artículos y trabajos consagrados a estas iniciativas, RIVERO, F. R. del: «La Cultura obrera y la Asociación Artístico-Socialista», *Renovación*, 28, 20 de noviembre de 1931, p. 2.

³⁰ Cfr. BELLIDO, P.: «Un éxito popular del teatro a la novela: *Juan José de J. Dicenta*», en *Literatura popular y proletaria*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1986, pp. 155-172. Otras obras escenificadas de Dicenta fueron *Aurora*, *El Señor Feudal*, *Los irresponsables* o *Sobrevivir*.

³¹ Junto a las obras mencionadas de Dicenta, probablemente las más escenificadas fueron *Espectros*, de Ibsen; *La madre*, de Gorki; *Tierra Baja*, de Guimerá; *El Abuelo* y *Electra*, de Galdós y *Los dioses de la mentira* y *El cacique*, de Fola Igúrbide.

Álvarez Quintero, que son al Teatro lo que el *ABC* a la prensa»³². Con todo, la abundancia de comedias, sainetes, zarzuelas y piezas cortas de autores como Ricardo de la Vega, Manuel Linares Rivas, Vital Aza, Muñoz Seca o Antonio Asenjo, permite concluir que, sin descuidar del todo la educación y adoctrinamiento de los militantes a través de obras de contenido social, se buscó también su distracción y deleite sin detenerse a considerar la adscripción de los autores o la tendencia de las obras que, con este segundo fin, fueron representadas³³.

Como ocurrió con otro tipo de iniciativas asociativas, no hubo —más allá de algunos contactos puntuales— coordinación alguna en la actuación de estos grupos, que funcionaron prácticamente de manera autónoma e independiente. Mientras que en otros lugares, como Alemania, Austria, Holanda o Bélgica, se formaron Ligas de grupos obreros de teatro o Federaciones de entidades artísticas, en España no surgió nada parecido³⁴.

Los socialistas prestaron una atención especial desde comienzos del siglo XX a la creación de orfeones, rondallas, orquestas y masas corales con la finalidad principal de divulgar su ideario a través de la música y el canto³⁵; algunos llegaban a afirmar que estas sociedades, encargadas de «inculcar con notas sonoras las ideas de emancipación», hacían tanta propaganda como la misma prensa obrera³⁶. Siguiendo el ejemplo de los dos primeros Orfeones Socialistas, los de Bilbao y Madrid, se fueron creando paulatinamente en un gran número

³² SEISDEDOS, M. R.: «El Teatro socialista. Mi opinión», *El Socialista*, 6.148, 24 de octubre de 1928, p. 4.

³³ Cfr. LUIS MARTÍN, F. de: «La cultura en la Casa del Pueblo de Barruelo de Santullán: el Cuadro Artístico-Socialista (1918-1936)», en *II Congreso de Historia de Palencia*, t. III (vol. 2), Palencia, Diputación de Palencia, 1990, pp. 819-831.

³⁴ Como revela el Libro de Actas de su Junta General, hubo algunas propuestas en el seno de la Artística madrileña, nombre con el que se conocía coloquialmente a esta iniciativa, en el sentido de crear una Federación Nacional de Asociaciones Artísticas, que cayeron en saco roto.

³⁵ Véanse, entre otros, LABAJO VALDÉS, J.: *Aproximación al fenómeno orfeonístico en España (Valladolid, 1890-1923)*, Valladolid, Diputación, 1987; de la misma autora: *Pianos, voces y panderetas. Apuntes para una historia social de la música en España*, Madrid, Endymión, 1988; GUEREÑA, J. L. (coord.): «Sociétés musicales et chantantes en Espagne (XIX-XX siècles)», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 20, 1994; CARBONELL, J. (ed.): *El origen de les associacions corals a Espanya (siglos XIX-XX)*, Barcelona, Oikos-Tau, 1998.

³⁶ «VERITAS» [Rafael CARRATALÁ]: «Orfeones socialistas», *La Lucha de Clases*, 538, 11 de marzo de 1905, p. 3. Carratalá, muy aficionado a la música, fue autor

de casas del pueblo y hubo sociedades de oficio, como el Arte de Imprimir o la Sociedad de Socorros Mutuos de Ciegos de Madrid, que contaron con agrupaciones musicales propias. En realidad, rara era la velada o el acto cultural que no contaba con un apartado musical, donde al lado de canciones populares y composiciones regionales de maestros como el vasco Gudiri, Morera, Doyen, B. Fernández, Rafael Benedito o el catalán Vives, se interpretaban himnos de un contenido profundamente social, con emotivas llamadas a la lucha revolucionaria y tono combativo³⁷. A partir de los años veinte se asiste a un nuevo impulso de estos grupos y de la educación musical de los militantes mediante la celebración de charlas y conferencias sobre esta materia, la aparición de un número más grande de artículos y trabajos periodísticos, la incorporación a *El Socialista* desde abril de 1928 de una nueva sección de crítica musical y una mayor frecuencia de actos y veladas musicales donde no faltaron los conciertos de orquestas profesionales y coros consagrados³⁸. Quizá la novedad más destacada de esta nueva etapa es que junto a la tradición coral-revolucionaria, simbolizada en los himnos obreros, y el canto popular aparece ahora con fuerza la música culta, siendo Schubert, Wagner y Beethoven los compositores preferidos³⁹. Pero, con todo, el alcance real de este loable intento por popularizar y extender el arte musical entre los militantes no fue muy grande,

de los himnos *El Trabajo*, *Hijos del Pueblo*, *Himno al Primero de Mayo*, *¡Alerta, Proletario!* y *Alégrate, alma mía*.

³⁷ En 1899, el Orfeón Socialista de Bilbao publicaba, por primera vez en nuestro país, una colección de himnos cuya copia a mano y armonización era obra del músico Lesmes Corral y que vería una segunda edición en 1904. Siete años más tarde, se imprimían en Madrid cinco himnos y en 1913 se publicaba el folleto titulado *Himnos cantados por el Orfeón Socialista Madrileño*. Conocemos también unos *Himnos dedicados a la clase obrera cantados por los Orfeones Socialistas*. Eibar, Imprenta de Pedro Orúe, s. f. En 1931, Isidro Rocamora Cazenave, ex director del Orfeón Socialista Madrileño, editaba, arreglado para canto, piano, orfeón, orquesta y banda, *La Internacional. Himno socialista universal y popular con letra y melodía obrera*.

³⁸ Véase, por ejemplo, CORREAS, D.: «La Orquesta Sinfónica en la Casa del Pueblo», *El Socialista*, 5.994, 25 de abril de 1928, p. 4.

³⁹ Eran los preferidos no sólo por la calidad de sus obras, sino también por el carácter pretendidamente progresista y aún revolucionario en algún caso de sus personas. Así, Francisco Núñez Tomás consideraba que Wagner fue «un gran revolucionario desde los puntos de vista musical y político» y que tan revolucionaria como *La Marsellesa* eran *La Heroica* de Beethoven, *Rienzi el tribuno* de Wagner o *Guillermo Tell* de Rossini. NÚÑEZ TOMÁS, F.: «La música como elemento de educación popular», *El Socialista*, 5.039, 1 de abril de 1925, p. 2 y «Otro gran músico.

como demostraba la errática existencia, siempre difícil y precaria por falta de elementos humanos y materiales, con fases de actividad y otras de práctica desaparición, de casi todas estas agrupaciones musicales.

La práctica del deporte obrero, «sanamente» combinada con la formación doctrinal y cultural mediante charlas y conferencias, estuvo también presente desde el comienzo de la segunda década del siglo XX entre las preocupaciones de algunos socialistas. Desde esta perspectiva teórica, que matrimonió ideología y actividad física, las agrupaciones deportivas obreras buscaron fomentar un deporte «de clase» diferenciado del profesional y/o burgués, tratando de llenar con él una parte del ocio de los trabajadores. Su aparición generó, no obstante, un debate interno que ponía sobre el tapete distintas concepciones sobre el sindicalismo, las asociaciones juveniles o el uso del tiempo libre. Mientras los más críticos censuraban sin medida la «peste futbolera» o la nueva «filoxera deportiva que amenazaba con pudrir la viña juvenil», los partidarios de fomentar la práctica del deporte afirmaban que éste, a salvo de los elementos de utilitarismo, negocio y violencia que, según ellos, caracterizaban al deporte burgués, contribuía al desarrollo integral de la persona —alejándola de paso de la taberna y promoviendo el espíritu de camaradería y solidaridad—, satisfacía una parte de las necesidades de recreo y expansión que todo obrero tenía y podía evitar que, bajo el señuelo del deporte, muchos jóvenes obreros cayeran en manos de organizaciones enemigas o poco deseables⁴⁰. Con todo, los grupos deportivos socialistas no fueron muchos ni contaron con demasiados afiliados, al menos hasta la segunda mitad de los años veinte y, sobre todo, tras la llegada de la Segunda República. Algunos de sus directivos lamentaban incluso que su existencia resultase prácticamente desconocida para un buen número de correligionarios. Las primeras organizaciones sur-

Centenario de la muerte de Schubert», *El Socialista*, 5.940, 22 de febrero de 1928, p. 4.

⁴⁰ Véanse, entre otros muchos, REDONDO, C.: «El Socialismo y los deportes», *El Socialista*, 4.460, 26 de mayo de 1923, p. 2; CORDERO, M.: «La Juventud y los deportes», *El Socialista*, 4.772, 24 de mayo de 1924, p. 2; VARELA, R.: «La moda de los Grupos Deportivos», *El Socialista*, 5.165, 26 de agosto de 1925, p. 3; ROJO, M.: «Deportistas y socialistas», *El Socialista*, 5.036, 28 de marzo de 1925, p. 2; AGUILERA, E. M.: «La educación física de los jóvenes obreros», *El Socialista*, 5.999, 1 de mayo de 1928, p. 11, y SANTIAGO, E.: «Sobre el deporte obrero», *El Socialista*, 6.853, 25 de enero de 1931, p. 3.

gieron en Madrid, siendo pionera de todas ellas «Salud y Cultura», que nació en 1913 por iniciativa de los profesores de las escuelas de la Casa del Pueblo de Madrid y dependiente de éstas con el fin de fomentar el excursionismo, si bien más tarde se independizaría, adquiriendo un desarrollo notable en los años treinta donde llegó a contar con cuatro mil afiliados y secciones de alpinismo, fútbol y atletismo. Durante los años veinte y treinta tenemos constancia de grupos en Madrid —donde no pocos clubes de empresa y de barrio fueron alentados u organizados por socialistas—, Eibar, Guadalajara, Valladolid, Barcelona, Bilbao, Ciudad Real, Villena (Alicante), Benahamur (Almería), Baracaldo (Vizcaya), Cáceres, Bélmez (Córdoba), Begíjar (Jaén), Pamplona y Las Carreras (Vizcaya). Poco tiempo después de proclamada la República, se constituyó la Federación Deportiva Obrera del Centro de España, con sede en Madrid y que agrupaba sociedades deportivas de la capital —«Natura», de la Casa del Pueblo, y algunas otras que fueron surgiendo, como las del Sindicato Metalúrgico «El Baluarte» o el de las Artes Blancas— y de las provincias colindantes con ella. Discrepancias entre sus elementos directivos sobre la forma de conducir la entidad motivaron que algunas de ellas, junto a varias sociedades nuevas, fundaran en octubre de 1932 la Federación Cultural Deportiva Obrera de Castilla la Nueva, con domicilio en la Casa del Pueblo de Madrid. Casi un año después, ambos organismos llegaron a un acuerdo de fusión, dando lugar así al nacimiento de una organización de ámbito nacional, la Federación Cultural Deportiva Obrera. Este hecho no debe, sin embargo, hacer creer que la experiencia deportiva resultó muy fructífera, habida cuenta de lo limitado de la oferta de las organizaciones puestas en pie —quizá con la excepción de Madrid— y la propia languidez en que se desarrolló la vida de muchas de ellas, faltas de apoyo y de recursos. En opinión de uno de los redactores deportivos del órgano teórico de las Juventudes Socialistas, el problema radicaba esencialmente en que los trabajadores españoles consideraban el deporte como una cuestión secundaria, no teniendo otro interés que el de «asistir en días festivos a presenciar encuentros en los campos de fútbol»⁴¹. Ciertamente, como ocurría en otros muchos países, una cosa era la práctica individual o en equipo del deporte, fenómeno minoritario en esta época pese a su creciente cultivo, y otra el deporte

⁴¹ RED: «Necesidad de actuar», *Renovación*, 5, 20 de enero de 1931, p. 2.

de masas, donde éstas eran en realidad meros espectadores pasivos de una práctica deportiva cada vez más profesionalizada y organizada a todos los niveles. Ni los socialistas, ni ningún otro agente social pudo hacer frente a esta tendencia que no haría sino aumentar de intensidad con el paso del tiempo⁴².

La literatura socialista: entre el adoctrinamiento político y la creación de una estética propia

¿Hubo realmente una literatura socialista en el último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del XX? Si nos atuviéramos sólo a las opiniones de Araquistáin y Zugazagoitia, la respuesta sería un no rotundo. Mientras el primero afirmaba: «No creo, como algunos, que la literatura deba hacerse socialista [...], sino que el Socialismo debe hacerse literario, poético y, por lo tanto, universal»⁴³, el segundo concluía así uno de sus varios trabajos dedicados a estos temas: «Si de lo que se trata es de encerrar la manifestación literaria en el dogma socialista, no en redondo. No habrá nunca una literatura socialista, como no es posible que exista un cuadro conservador ni una escultura republicana. En arte no hay colores ni credos políticos. En arte se conocen dos valores: bueno y malo»⁴⁴. Lo que ocurre es que, aunque llenas de buen sentido y mejores intenciones, esas opiniones están totalmente alejadas de la realidad histórica que, incluyendo su propia producción —especialmente la de Zugazagoitia—, cae de pleno en el cliché de la literatura socialista. Resulta pertinente, por tanto, comenzar concretando qué fue la literatura socialista, cuáles sus notas o señas de identidad. ¿Acaso fue únicamente la escrita

⁴² Véanse, entre otros, BAHAMONDE, Á.: *El Real Madrid en la Historia de España*, Madrid, Taurus, 2002; VÁZQUEZ MONTALBÁN, M.: *100 años de deporte: del esfuerzo individual al espectáculo de masas*, Barcelona, Difusora Internacional, 1972; DOMINGUEZ, J. L.: *Reflexiones acerca de la evolución del becho deportivo*, San Sebastián, Universidad del País Vasco, 1995; AA.VV.: *La historia del fútbol*, Madrid, Altea, 1996; PUJADAS, X. y SANTACANA, C.: «Del barrio al estadio. Aspectos de sociabilidad deportiva en Cataluña en la década de los años treinta», *Historia y Fuente Oral*, 7, 1997, pp. 31-45.

⁴³ ARAQUISTÁIN, L.: «Socialismo y poesía», *El Socialista*, 5.065, 1 de mayo de 1925, p. 8.

⁴⁴ ZUGAZAGOITIA, J.: «¿Puede ser socialista la literatura?», *Cuadernos Socialistas de Trabajo*, 1, enero de 1927, pp. 77-78.

por autores afiliados o simpatizantes de las organizaciones obreras?, ¿quizá la que difundieron almanaques, periódicos, revistas, colecciones, editoriales y circuitos culturales socialistas?, ¿o tendrá la etiqueta de «literatura socialista» todo lo que leían o representaban los obreros? Pues sí y no a la vez, como veremos.

Los dirigentes socialistas, sus élites rectoras y aquellos militantes que desempeñaron en uno u otro momento un papel intelectual destacado mostraron desde un principio un gran interés por la literatura, pero sólo por «su» literatura, siendo éste un interés plagado de «intereses» utilitaristas y extraliterarios. La literatura se constituyó así en una de las mejores armas de alfabetización y adoctrinamiento conocidas, en un proceso pedagógico-político que se iniciaba con las lecturas colectivas en voz alta⁴⁵ y terminaba en el conocimiento y análisis de los clásicos socialistas⁴⁶. Entre medias se encontraban los restantes «escalones»: los manuales escolares de lectura⁴⁷, los

⁴⁵ Una interesante iniciativa, especialmente presente en la primera década del siglo y que iría desapareciendo paulatinamente, fue la creación en centros obreros, casas del pueblo y círculos socialistas de grupos de lectura donde, al igual que ocurriera en los núcleos anarquistas, un trabajador alfabetizado o más preparado culturalmente leía en alta voz pasajes de libros que luego eran comentados y debatidos por los asistentes al acto. En ocasiones, esta fórmula de iniciación a la lectura a través de sencillos textos literarios adquirió un carácter más sistemático o institucionalizado mediante el establecimiento de clases de comentarios de lecturas o de libros, y no faltó tampoco la constitución de clubes o asociaciones socialistas de lectura como el que, por poner un ejemplo, fundara en 1915 el Círculo Socialista de La Latina, de Madrid.

⁴⁶ Sobre la necesidad de iniciar a los obreros en el conocimiento de la doctrina socialista y los textos y autores que se recomendaban pueden verse, entre otros, URBANO, R.: «Los libros de un socialista», *El Socialista*, 1.537, 8 de agosto de 1913, p. 3; 1.539, 10 de agosto de 1913, p. 3 y 1.540, 12 de agosto de 1913, p. 3; ALMELA MELIÁ, J.: «Lecturas para obreros», *El Socialista*, 1.546, 17 de agosto de 1913, p. 3; «Lecturas para Socialistas», *El Socialista*, 5.280, 6 de enero de 1926, p. 1 y «Cómo se forma una biblioteca», *El Socialista*, 6.056, 8 de julio de 1928, p. 3.

⁴⁷ Aunque una característica de las escuelas socialistas fue, como ya indiqué, la relativización de los libros de texto como instrumentos centrales del aprendizaje, sabemos que a comienzos de siglo Juan Almela Meliá escribió, por encargo de la Sociedad de Escuelas Laicas, unas *Cartillas para enseñanza racionalista* con objeto de adoptarlas en sus establecimientos para la enseñanza de la lectura. Su finalidad era presentar unos ejercicios de lectura «que no estuvieran basados en la acostumbrada serie de máximas religiosas». Véase *El Socialista*, 1.184, 13 de noviembre de 1908, p. 4. En realidad, los únicos libros permitidos en todo tiempo fueron los de lectura. Con ese fin, en algunas escuelas se formaron pequeñas bibliotecas con sección cir-

dibujos con viñetas, el incipiente lenguaje del cómic⁴⁸, el folletín y la literatura de quiosco, hasta llegar a la «literatura de calidad». La lectura y su soporte material, el libro, se convirtieron en un símbolo cargado de connotaciones emancipadoras y liberadoras, hasta el punto de que la «Fiesta del libro» creada en la dictadura de Primo de Rivera se incorporó rápidamente al peculiar santoral litúrgico de las Casas del Pueblo y el libro formó parte central del emblema del partido⁴⁹. La literatura era en realidad un medio, nunca un fin en sí misma; un medio de adoctrinamiento, de exaltación de las virtudes proletarias, de revulsivo ante las injusticias o de toma de conciencia. Todo lo que no fuera esto carecía de interés o tenía como mucho un interés relativo. Así fue al menos hasta 1930, en que se comienza a prestar una tímida atención en sendas secciones de *El Socialista* tituladas «Lectura y crítica de libros» y «Actualidad literaria» a la «otra» literatura contemporánea que se publicaba por entonces y que no era propiamente socialista.

Pero volviendo a las preguntas iniciales, conviene subrayar que en sucesivas ocasiones y bajo diferentes «manifiestos» y proclamas se intentó hacer una producción «de» socialistas y «para» socialistas, pero ante lo magro de los resultados se acudió a autores «burgueses» más o menos izquierdistas. En cuanto a la segunda cuestión, una mera ojeada a la prensa, la producción editorial y las obras de teatro representadas por las asociaciones artísticas y cuadros teatrales muestra que lo que allí se publicó o se llevó a las tablas no siempre

culante. También existieron manuales de lectura para los obreros adultos. Quizá uno de los más importantes y duraderos fuera el elaborado por Altamira durante el periodo en que colaboró en la *Revista Socialista*. Cfr. ALTAMIRA, R.: *Lecturas para Obreros (indicaciones bibliográficas y consejos)*, Madrid, Imprenta de Inocente Calleja, 1904. Un avance de esta obra y de los criterios literarios manejados por su autor, puede verse en su artículo «Cultura Popular. Lecturas», *Revista Socialista*, 9, 1 de mayo de 1903, pp. 774-777.

⁴⁸ El único ejemplo propiamente socialista que conozco de este tipo de género es *Aladino*, revista publicada probablemente entre 1934 y 1936.

⁴⁹ Desde los primeros grabados socialistas que aparecen en las publicaciones obreras, la cultura se identificó frecuentemente con el libro, aunque también lo hiciera en ocasiones con otros iconos arquetípicos, como la pluma y el tintero o las obras de arte. Por un proceso de decantación y simplificación de iconos relativos al trabajo, el progreso, la cultura, etc., en un momento que no podemos determinar con exactitud —aunque probablemente en la década de los años veinte— el PSOE decidió adoptar como símbolo oficial aquél en que aparecía un yunque, un libro y una pluma, simbolizando la unidad del trabajo y la inteligencia.

fue literatura socialista, a veces para no empachar ideológicamente a los seguidores, en otros casos porque la cantidad de esta literatura no era suficiente para cubrir la demanda, y se recurría a cualquier otra incluyendo en ella sobre todo a la más popular en cada momento. Faltaría responder al espinoso tercer interrogante, es decir, al grado de aceptación y valoración que los mismos socialistas hacían de esta literatura teóricamente creada ex profeso para ellos; medirlo fielmente resulta harto complicado aunque tenemos algunos parámetros y ciertos indicios. Porque si bien contamos con muy pocos estudios de catálogos de las bibliotecas obreras⁵⁰ y, lo que es peor, no han aparecido apenas registros o talonarios de préstamos que nos pudiesen aclarar aspectos tan importantes para reconstruir los gustos y tendencias de lectura en los obreros como, por ejemplo, la incidencia de autores, de géneros y de títulos concretos, lo que sabemos es que junto a unos pocos nombres de autores socialistas como Juan Almela Meliá, Vicente Lacambra, Miguel R. Seisdedos, Eduardo Torralba Beci o Álvaro Ortiz aparece una nutrida nómina de escritores «burgueses» —según su genérica denominación—, tanto españoles como extranjeros, y que en prácticamente todas las bibliotecas de centros obreros y casas del pueblo la literatura suponía siempre una presencia preponderante en relación al resto de materias, incluidas las doctrinales y políticas. Por otro lado, en las ofertas de libros contenidas en relaciones aparecidas en *El Socialista* en diferentes años, junto a los libros de diversas editoriales populares de la época, como Sempere, Maucci o Sopena, se ofrecen textos literarios de socialistas, generalmente los mencionados más arriba y algún otro nombre como Meabe, Timoteo Orbe o Zugazagoitia. Por su parte, los cuadros artísticos, como ya comenté, representaron con frecuencia un teatro socializante en el que los títulos más frecuentes corresponden a autores como Ignacio Iglesias, Ángel Guimerá, José Fola Igúrbide y, sobre todo, Joaquín Dicenta. A su lado, aunque en mucha

⁵⁰ Cfr. LUIS MARTÍN, F. de, y ARIAS GONZÁLEZ, L.: *Catálogo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid (1908-1939)* [Estudio], Madrid, Comunidad de Madrid-Fundación Largo Caballero, 1998, pp. 19-68; ÁLVAREZ RUBIO, A.: «La Biblioteca de la Casa del Pueblo de Valencia: aspectos de una cultura popular», *Estudis d'Historia Contemporània del País Valencià*, 6, 1982, pp. 295-316; MONGUIO, L.: «Una biblioteca obrera madrileña en 1912-1913», *Bulletin Hispanique*, t. LXXXVII, 1-2, 1975, pp. 154-173; LUIS MARTÍN, F. de: *La cultura socialista en España...*, op. cit., pp. 175-186; MATO, A.: *La lectura popular en Asturias (1869-1936)*, Oviedo, Pentalfa, 1992.

menor medida, diversos autores socialistas. Unos cuadros, en fin, que no tuvieron ningún rubor ni empacho en poner en escena también y con harta frecuencia un tipo de teatro escapista o intrascendente y de carácter consumista donde abundaban las comedias, entremeses, sainetes y piezas cortas de autores «burgueses» de segunda fila. Por último, debe tenerse en cuenta los casos de algunos escritores socialistas muy populares, como Meliá, Seisdedos o Torralva Beci, cuya obra, reeditada a veces, se difundió notablemente en centros obreros y casas del pueblo. Su producción literaria solía anunciarse reiteradamente en las páginas de los diarios y revistas socialistas y se vendían, se regalaban o se rifaban regularmente en los actos que se celebraban con motivo de la fiesta del Primero de Mayo.

Por el análisis que he realizado de los datos sobre la biblioteca incluidos en las *Memorias* de la Junta Administrativa de la Casa del Pueblo de Madrid y por otros que aparecen en *El Socialista*, se puede deducir que el número de volúmenes consultados desde 1918 hasta 1934 fue en aumento —en la década de los veinte las cifras anuales oscilaron entre los 8.000 y los 10.000, mientras que en 1934 se alcanzó la cifra de 57.814, de los que casi 30.000 eran de literatura—, lo que implicó, sin duda, un crecimiento paralelo del porcentaje de lectores. Con todo, el número de obreros que acudían a la biblioteca —tal como revelan otros datos— fue siempre bajo, de tal modo que no sería exagerado afirmar que una gran mayoría de los afiliados a la Casa del Pueblo de Madrid —y la afirmación cabe extenderla al conjunto de los centros obreros— no leía o leía muy poco. En el número 3 de *La Gaceta Literaria*, correspondiente al 1 de febrero de 1927, Zugazagoitia —que había sido encargado por la dirección de la revista para dirigir una sección sobre la literatura y los obreros— corroboraba la afirmación anterior sentenciando que «no es general entre los obreros el afecto por el libro». Sin embargo —y esto es lo que aquí más nos interesa por lo que tiene de revelador a propósito de los gustos literarios de los trabajadores—, en otra ocasión señalaba que no eran tan pocos los obreros que leían una literatura de calidad acudiendo a autores consagrados como Galdós o Baroja. En clara discrepancia con su opinión, un tipógrafo madrileño que firmaba como Edelay envió una carta a la revista en la que puede leerse lo siguiente: «Puedo afirmar, yo que vivo con ellos, que de cien tipógrafos dos sólo han leído algo de Baroja; diez o doce, otro poco de Galdós —especialmente los «Episodios»— y el resto lee a López

de Haro, Pedro Mata, Carretero y Novillo, Retama, etc., etc. Con los dedos de la mano podríamos contar los que conocen algo de don Ramón Pérez de Ayala, de Azorín, de Miró [...]»⁵¹. No se puede extrapolar a otros colectivos obreros esta opinión que subraya la afición de los tipógrafos madrileños, considerados comúnmente como uno de los «gremios» más conscientes e ilustrados del proletariado, por la literatura erótica en un tiempo además, el de los años veinte, de auge popular y consumo generalizado de la misma, pero no cabe tampoco echar en saco roto sus apreciaciones. Diferentes son, en cambio, las conclusiones a las que llega Monguió del análisis de los libros sacados por los afiliados a la Sociedad de Ebanistas y Similares, de Madrid, de la biblioteca del sindicato entre 1912 y 1913. Porque, si bien de los varios patrones o modelos de lector que delata su estudio existió uno preocupado prioritariamente por la literatura escapista o de evasión, éste no fue el mayoritario, reservándose este puesto para el de los lectores de una literatura «burguesa» de izquierdas, de contenido social y crítico con las instituciones y la sociedad de su tiempo, donde aparecen obras de Galdós, López Bago, Zozaya, Dicenta, Blasco Ibáñez, Ciges Aparicio, Nakens, Sue, Víctor Hugo, Zola, Gorki, Anatole France, Enrique Sienkiewicz o el curiosísimo socialista norteamericano Edward Bellamy⁵².

En definitiva, podría concluirse que los dirigentes socialistas —la elite rectora y más culta, tanto a nivel político como sindical, aquélla que dirigía y vehiculaba los aparatos y los productos culturales— se preocuparon, sobre todo, por concienciar a los militantes de la oportunidad y conveniencia de leer las obras de los autores socialistas y también y en mucha mayor medida, dado lo escaso de la producción de esos autores y el bajo nivel de calidad de muchos de sus títulos, una literatura «progresista» y «democrática» —como la definiera hace

⁵¹ El texto completo de la carta se encuentra en BASSOLAS, C.: *La ideología de los escritores. Literatura y política en La Gaceta Literaria (1927-1932)*, Barcelona, Fontamara, 1975, pp. 281-282.

⁵² Al considerar los patrones de lectura de los obreros socialistas —los varios modelos de lector— resulta muy interesante, por lo que representó y por su carácter paradigmático, analizar las lecturas de Pablo Iglesias. Un acercamiento al tema se encuentra en LUIS MARTÍN, F. de: «La formación y la producción cultural e intelectual de Pablo Iglesias», en *Construyendo la modernidad. Obra y pensamiento de Pablo Iglesias*, Madrid, Pablo Iglesias, 2002, pp. 181-204.

ya tiempo José-Carlos Mainer⁵³— o de «tendencia socialista» —como gustaban de definirla no pocos de esos dirigentes con una evidente licencia conceptual—. Otra cosa era, sin embargo, lo que efectivamente leían los militantes de base, por cuanto si bien es cierto que hubo quienes participaron de las inquietudes de sus dirigentes —el grupo de activistas y afiliados conscientes—, otros, en cambio, parecían decantarse más por una literatura «comercial» o escapista, propia de lo que se ha venido llamando «literatura popular», y que incluía géneros tan diversos como la novela erótica, el teatro breve de enredo, la comedia costumbrista, los cuentos y relatos de gran consumo y temática rosa incluidos en colecciones populares, etc. Sin olvidar, por último, al grupo —el más numeroso, sin duda— de los que no leían o leían muy poco.

Pensando en el conjunto de los militantes, pero sobre todo en estos últimos, los dirigentes socialistas intentaron fomentar y «orientar» la lectura mediante campañas y otro tipo de actos. Desde finales del siglo XIX, detectado el problema de la lectura —o, mejor dicho, de la falta de lectura— entre los trabajadores como consecuencia fundamentalmente de la raquítica acción escolar del Estado⁵⁴, fueron apareciendo en la prensa obrera artículos y sueltos dedicados a concienciar a los afiliados de la necesidad de leer y de formar bibliotecas que atendieran a esa necesidad⁵⁵, así como sobre los libros o algunos de los libros que debían incluirse en dichas bibliotecas o en una

⁵³ MAINER, J.-C.: «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)», en *Teoría y práctica del movimiento obrero en España*, Valencia, Fernando Torres, 1978, pp. 173-239.

⁵⁴ «Es nuestra vieja España uno de los países en que menos se lee. La clase trabajadora, sobre todo, a causa de la deficientísima instrucción que ha recibido en las escuelas, y de la escasez de medios con que cuenta para su desarrollo intelectual, apenas se cuida de la lectura [...]. Lo que más hace, generalmente, es buscar el periódico “de información” [...]. Sólo hay una parte, relativamente escasa, de obreros conscientes que ponen empeño principal en enterarse de todo aquello que afecta a su estado social y que cuidan de leer el libro y el periódico que se dedican lealmente a la defensa de los intereses de la clase explotada». «A modo de programa», *La Ilustración del Pueblo*, 1, 10 de enero de 1897, p. 1.

⁵⁵ Véase, por ejemplo, «El Arráez Maltrapillo»: «Una petición a un licenciado», *El Socialista*, 625, 25 de febrero de 1898, p. 2; SANGUINETTI: «Las Bibliotecas Obreras», *La Lucha de Clases*, 357, 3 de agosto de 1901, pp. 1-2; ALTAMIRA, R.: «Cultura Popular. Lecturas», *Revista Socialista*, 9, 1 de mayo de 1903, pp. 774-777; PLAZA, G.: «Procuremos que se lea», *Vida Socialista*, 14, 3 de abril de 1910, p. 15; NUÑEZ DE ARENAS, M.: «Para enseñar a comprender», *El Socialista*, 1.576, 6 de septiembre de 1913,

hipotética guía de lectura⁵⁶. Sin embargo, este tipo de trabajos, donde una vez más junto a los clásicos del marxismo y las pocas obras escritas por autores socialistas se incluía una larga lista de escritores «burgueses» españoles y extranjeros, se iría haciendo más raro con el paso del tiempo hasta casi desaparecer, sustituidos por la publicación —con fines igualmente orientativos y, por supuesto, de venta— de los catálogos de libros y folletos de «La Biblioteca de *El Socialista*», sobre la que más adelante diremos alguna palabra al hablar de las editoriales socialistas. Otra iniciativa, que también se iría perdiendo paulatinamente, fue la creación en centros obreros y círculos socialistas de grupos, clubes y asociaciones de lectura donde se leían y comentaban textos y pasajes de obras. No faltaron tampoco, como ya indiqué, los actos y veladas donde al final de los mismos se rifaban o vendían libros; y eran libros algunos de los premios que se concedían a los alumnos que finalizaban con aprovechamiento académico las clases en las escuelas y centros de enseñanza socialistas.

Con todo, el esfuerzo mayor se orientó a la formación de bibliotecas en los centros obreros y casas del pueblo. Unas bibliotecas que como centros de difusión cultural, de concienciación política y de formación intelectual surgen muy pronto, contando algunas de ellas con una sección circulante, es decir, un servicio de lectura a domicilio. Y aunque un gran número —las de los centros obreros rurales y pequeñas casas del pueblo— fueron bibliotecas de dimensiones muy reducidas, hubo algunas medianamente dotadas, como la de Madrid, que llegó a contar con algo más de 5.000 volúmenes; Valladolid, con 2.000; Vigo, Écija y Jaén, con alrededor de 1.700; Oviedo, que llegó a juntar 1.300 y Eibar, Pamplona, Callosa del Segura y Badajoz con aproximadamente 1.000 volúmenes cada una. En cierta ocasión, Zugazagoitia anotaba: «Toda Casa del Pueblo que se precie puede mostrar un armario [...] al que se le concede el nombre de biblioteca. No todos esos armarios están en razón

p. 3; OLEA, A.: «Estudia, proletario», *El Socialista*, 4.279, 28 de octubre de 1922, p. 3; PÉREZ, S.: «Labor de cultura», *El Socialista*, 5.687, 27 de abril de 1927, p. 2.

⁵⁶ Véanse, entre otros, «Un licenciado»: «Guía de estudios», *El Socialista*, 731, 1 de abril de 1900, p. 4; ALTAMIRA, R.: *Lecturas para obreros...*, Madrid, Imprenta de Inocente Calleja, 1904; URBANO, R.: «Los libros de un socialista», *El Socialista*, 1.537, 8 de agosto de 1913, p. 3; ALMELA MELIÀ, J.: «Lectura para obreros», *El Socialista*, 1.546, 17 de agosto de 1913, p. 3; *id.*: «Lectura para socialistas», *El Socialista*, 5.280, 6 de enero de 1926, p. 1; *id.*: «Cómo se forma una biblioteca», *El Socialista*, 6.056, 8 de julio de 1928, p. 3.

de satisfacer gustos medianamente delicados. Es corriente que predomine la literatura socialista, folletos de cosecha nacional y libros de origen extranjero avendados en el país por traductores anónimos. Para todo esto cabe disculpa [...]. No todas las bibliotecas son malas. Hay, no una, ni dos, varias, donde la elección se ha realizado con ponderación y buen gusto»⁵⁷.

Teniendo presente el carácter de modelo que la Casa del Pueblo de Madrid y su biblioteca tuvieron para todo el movimiento socialista, me voy a detener brevemente en su análisis, señalando como aspectos más destacados en relación con sus fondos y la temática de los mismos los siguientes: 1) La finalidad primordial de la biblioteca fue sobre todo el esparcimiento del obrero y su formación cultural en un sentido muy amplio; por eso más de la mitad de sus fondos (51,1 por 100) se dedican a la *Literatura*, predominando la producción contemporánea española —muy escasa es, en cambio, la extranjera—, si bien las demás épocas de la historia de la literatura tuvieron también su lugar correspondiente y una digna representación en obras y autores, tanto nacionales como foráneos. 2) El segundo grupo es el que puede denominarse *Ciencias Sociales y Humanidades* (32 por 100) y que abarcaba materias de todo tipo: Antropología, Arte, Historia, Derecho, Geografía, Sociología, Filosofía, Pedagogía, Biografías y hasta Teología. 3) Siguen en número e importancia las *obras dedicadas a la formación política* de los usuarios de la biblioteca (18,1 por 100), lo cual manifiesta que no se concibió con esta finalidad formativa esencial, si bien por su calidad y por el tipo de autores y obras que incluye —representativos del socialismo, comunismo y anarquismo, además de otras corrientes ideológicas y políticas— puede considerarse como una de las notas más originales de la biblioteca. 4) Las *obras técnicas* (4,2 por 100) superan ampliamente a las dedicadas a las *Ciencias puras* (1,5 por 100). Las primeras son las que se dedican a asuntos como la agricultura y ganadería, albañilería y construcción, carpintería y ebanistería, minería y metalurgia, electricidad, etc. Las segundas abarcan la Biología, Ciencias Naturales, Física y Química, Matemáticas, Veterinaria, Astronomía y Zoología. Queda claro con estos porcentajes que la biblioteca no se concibió como un complemento de la formación laboral o un instrumento para la promoción social y la mejora técnica de los obreros, despachando estos aspectos

⁵⁷ ZUGAZAGOITIA, J.: «De la alegoría a la realidad», *La Gaceta Literaria*, 3, 1 de febrero de 1927, p. 4.

con unas pocas obras divulgativas. 5) Más importancia se le dio a los *asuntos relacionados con la salud y las condiciones laborales* (6,3 por 100) que siempre preocuparon al socialismo y que constituía el «día a día» del obrero. Sobre asuntos médicos hay obras que tratan del alcoholismo, la eugenesia, la higiene, la toxicología, etc. El mundo del trabajo está representado por temas como el colectivismo y el cooperativismo, las condiciones y el contrato laboral, mutualismo y salarios, protección del trabajo de mujeres y niños y un puñado de libros de legislación y relaciones laborales. 6) La biblioteca, como otras muchas, no se creó *ex novo* y no pudo ser planificada desde un principio con criterios definidos y establecidos, aceptando todo tipo de donaciones y de obras. Pero aún así, está claro que se fue imponiendo una línea más o menos definida trazada tempranamente por Núñez de Arenas en 1913 y seguida luego por los demás encargados o vocales de la biblioteca y que tendió a convertir a ésta en una *biblioteca generalista* a modo y semejanza de las que existían en los Ateneos y Círculos e incluso de las propias y escasas bibliotecas públicas municipales y estatales. Cabe preguntarse entonces si la biblioteca de la Casa del Pueblo tuvo algún rasgo original o determinadas señas de identidad que permitieran diferenciarla de las otras bibliotecas. En mi opinión y la del profesor Luis Arias González, su particularidad reside en una orientación ideológica propia que está presente hasta en el apartado literario; igualmente resulta significativo lo hinchado del número de las obras políticas y su clara alineación partidista, y una orientación obrerista enfocada hacia sus condiciones laborales y el inmediato mundo del trabajo. Por último, la biblioteca cumplía una función de fuerte contenido simbólico y material a la vez; me refiero a la labor de salvaguarda y custodia de la historia del movimiento socialista español concretada en la presencia de las obras más señeras de los intelectuales y los miembros destacados del partido y del sindicato, así como de los legados bibliográficos que fueron haciendo a lo largo del tiempo y en los que ocupa un puesto central el del fundador, Pablo Iglesias⁵⁸.

Muchas de las obras incluidas en la «sección política» vieron la luz en la Imprenta de Inocente Calleja⁵⁹ y, sobre todo, en una

⁵⁸ Cfr. LUIS MARTÍN, F. de, y ARIAS GONZALEZ, L.: *Catálogo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid...*, pp. 19-68.

⁵⁹ Impresor-editor, Inocente Calleja fue amigo íntimo de Pablo Iglesias y fundador con él del originario núcleo madrileño. A finales del siglo XIX, Calleja montó

serie de empresas editoriales puestas en pie por los socialistas desde fines del siglo XIX. Con la organización de la «Biblioteca Socialista» y la de «Ciencias Sociales» por Iglesias y Quejido respectivamente, se inauguraba en la última década de aquel siglo la política editorial del socialismo español⁶⁰. Vendrían después, ya en el siglo XX, la Biblioteca de la *Revista Socialista*, administrada por Juan A. Meliá, la «Biblioteca Acción», de un grupo de socialistas catalanes; la empresa editorial formada por la fusión de la anterior y de la revista *Vida Socialista*; el servicio de publicaciones de la Escuela Nueva y la Biblioteca de la revista *Acción Socialista*. Aunque todas ellas tuvieron una vida efímera y una casi especialización en la publicación de obras de difusión doctrinal marxista, prepararon el terreno para la constitución en 1926 de la «Gráfica y Editorial Socialista», cuyo primer secretario general fue Andrés Saborit y que perduraría hasta el final de la guerra civil. Su actividad editorial se decantó prioritariamente hacia la publicación de textos políticos, normalmente folletos de divulgación de autores extranjeros (Demblom, Deville, Marx, Engels, Jaurès, Kautski, Bebel, Blum, etc.) y españoles (Antonio Atienza, Felipe Carretero, Besteiro, de los Ríos, Iglesias, Enrique Santiago...) con los que se pretendía vulgarizar la doctrina y el programa socialista. Se editaron también, si bien en mucha menor proporción, textos literarios, científicos, de economía, sobre enseñanza escolar y profesional, etc.

Quedaría para terminar este apartado hacer unas pocas consideraciones sobre la literatura hecha por socialistas y para socialistas. Dejando aparte el ensayo y el folleto de propaganda, en el que están suficientemente implícitos los contenidos políticos⁶¹, esa literatura se canalizó a través de casi todos los géneros posibles de escritura.

La poesía estuvo constituida por versos inflamados, panegiristas, de corte tardorromántico y temática tan grandilocuente como de

en la calle de Mendizábal, núm. 6, una imprenta en la que se imprimió desde su aparición *El Socialista*, y un buen número de las obras y folletos de su Biblioteca. En 1905, Calleja abandonó el negocio y se lo cedió a quien hasta ese momento había sido jefe de los talleres, el también veterano socialista Felipe Peña Cruz.

⁶⁰ Cfr. CASTILLO, S.: «La labor editorial del PSOE en el siglo XIX», *Estudios de Historia Social*, 8-9, enero-junio de 1979, pp. 185-195.

⁶¹ Cfr. LUIS MARTÍN, F. de: *Cincuenta años de cultura obrera en España, 1890-1940*, Madrid, Pablo Iglesias, 1994, especialmente el capítulo 7: «Historia, literatura y socialismo en la España de entresiglos: el *Catecismo de la Doctrina Socialista*, de Felipe Carretero», pp. 222-243.

estética trasnochada y decimonónica. Emilio Corrales, Benito Luna, Desiderio Tavera, José Carratalá Ramos y sobre todo Álvaro Ortiz, Miguel R. Seisdedos y el omnipresente Meliá esparcirán sus ripios y tópicos entre himnos conmemorativos y aleluyas pretendidamente mordaces. De Álvaro Ortiz conocemos la publicación, en el primer tomo de la «Biblioteca Socialista» (mayo de 1895-enero de 1896), de un libro de poemas titulado *Ecos revolucionarios*; en 1903 aparecía un segundo volumen con el título de *Rebeldías* y tenemos constancia de un número amplio de composiciones aparecidas en la prensa socialista. Considerado en su tiempo «el poeta del socialismo», sus poemas narran patéticas historias de miseria y explotación. En otras ocasiones, forman parte de una épica que canta la victoria de los explotados y la llegada del socialismo liberador. La obra en verso de Meliá, el más activo de los poetas de la *Revista Socialista*, desarrolla los típicos temas de la poesía social, abundando en sus composiciones el sentimentalismo, un componente anticlerical y la crítica contra el capitalismo y sus instituciones. En 1908 publica *Alma rebelde*, colección de versos y narraciones dispersas que Meliá agrupó en este volumen. Autor, entre otros, del himno a la Casa del Pueblo de Madrid, sus poemas se prodigan en toda la prensa socialista hasta comienzos de la segunda década del siglo y se recitaron durante años en veladas y celebraciones obreras. En los años veinte y treinta, Miguel R. Seisdedos fue el poeta más sobresaliente, siendo calificado por algunos de sus correligionarios como «poeta de los obreros». Entre sus obras destacan *Mi evolución*, *Hojas de las campanas futuras*, *Marcha fúnebre* o *Miserere*, colecciones de poemas todas ellas que, según comentario de *El Socialista*, «dejan en el espíritu una sensación sedante que estimula al combate por nuestras ideas»⁶². Poemas como «Lo que Dios da», «La Manifestación», «¡Esa es la gloria!», «Grito», «Canción de las manos blancas», «Balada del sin trabajo» o «Canto a la camisa obrera», fueron muy celebradas entre los militantes socialistas. Entre 1926 y 1927, Seisdedos escribió para *El Socialista* parte de su obra poética. A fines de 1928 reinició su colaboración literaria con la sección «Hojas al viento», considerada «la verdad metrificada» frente a las «mentiras burguesas». Sin excesivas preocupaciones formales, su poesía era un instrumento de lucha y de denuncia social al servicio de la causa socialista, al tiempo que un espejo donde

⁶² «Un folleto de Seisdedos», *El Socialista*, 5.335, 11 de marzo de 1926, p. 3.

reflejar —idealizándolo a veces— el mundo del trabajo y de los trabajadores. Por eso que, en opinión del crítico Jaime Ferreira, «sus versos describen no sólo el cuerpo de los trabajadores, sino también su alma candorosa y sencilla»⁶³. En los años treinta destacó también Jorge Moya de la Torre, especialmente por sus afamados *Trinos* y *Folias*, versos humorísticos donde con ironía pasaba revista a temas de actualidad. Su mayor fuerza expresiva la alcanzó con sus poemas de ambiente rural en los que describía distintos parajes de Castilla.

El teatro estuvo calcado y transido de la escena burguesa más rancia, a la que únicamente se trasponen personajes y situaciones proletarias. El *Juan José* de Dicenta marcó toda una pauta llena de «juanjosés» con ligeras variantes. El ideal de Meliá de crear un teatro «francamente socialista» quedará en el limbo de los buenos propósitos, reducido con frecuencia a un puñado de obritas en un solo acto, monólogos y juguetes cómicos. La distancia entre la teoría y la práctica fue, como en otros casos, muy notable. Para los socialistas la escena debía ser «fiel reflejo de la vida humana, un retrato fidelísimo de las costumbres y sentimientos de la época que se haya propuesto representar»⁶⁴, aunque también debía cumplir una función educativa y moralizante, muy en la línea de los Moratín, que al tiempo que denunciaba las injusticias y lacras sociales despertara las conciencias de los trabajadores y movilizara sus energías dormidas o mal encauzadas. En relación con estos dos objetivos, si bien predominando más la denuncia plena de sentimentalismo y la falta de originalidad en situaciones, argumentos y personajes, repetidos una y otra vez, que la descripción fiel y objetiva de la realidad, se inscribe la dramaturgia escrita por militantes socialistas en los años de entresiglos. En relación a ella sobresalen los autores y obras siguientes: E. Torralva Beci: *Hogar, Astrea, Salvaje, Justicia* y *En servicio de Dios*; Miguel Sánchez Cuadra: *Lucha de ideas*; Francisco Doménech: *Gesta de sangre: drama histórico en tres partes* y *Teatro al rojo*; Antonio M. Viergol: *Voluntad* y *Caza de almas*; Francisco Olabuénaga: *La mendiga, ¡Silencio!*, *Autor dramático*, *La gran lucha*, *El despido*, *Luces y sombras* y *La navarrica*; Enrique Molina: *Los hijos de Juan José*; Juan Almela Meliá: *Los rechazados*, *Telesforo, sociólogo*, *Lucha*, *La leona*, *Los pre-*

⁶³ FERREIRA DIAS, J.: «Los poetas del pueblo. Miguel R. Seisdedos», *El Socialista*, 6.513, 24 de diciembre de 1929, p. 4.

⁶⁴ VÉRITAS: *El teatro ante las sociedades obreras. Bosquejo histórico crítico*, Alicante, Imprenta de F. Such, Serra y Compañía, 1907, p. 7.

dilectos, *El día de mañana*, *El atentado* y *Teatro de vida y esperanza*; Miguel R. Seisdedos: *¿Quién es mejor?*; Vicente Lacambra Serena: *Mi calvario*, *Diez años de un inocente en presidio*, *El supremo juez*, *Amor y trabajo* y *Yo no mato*.

La novelística socialista se caracterizó sobre todo por el escasísimo número de autores que cultivaron este género literario. Un precedente casi excepcional fue el caso del socialista vasco Timoteo Orbe que entre junio y diciembre de 1896 publicaba en *La Lucha de Clases* una novela-folletín no firmada con el título de *Almas muertas. Historia de una familia burguesa*. Tres años después, Orbe publicaba en Sevilla el mismo texto novelesco, pero bajo un nuevo título, *Redenta*, y ampliamente refundido⁶⁵. En ella describe la situación económica, social y política del País Vasco de fines de siglo, al tiempo que ejemplifica las características socio-morales de la burguesía industrial vizcaína y narra episodios de las luchas sociales, lo que le permite exponer el ideario socialista. En 1914 *El Socialista* publicaría en 12 entregas un segundo folletín original, la novela *Con las dos alas...* de Torralva Beci cuyas similitudes temáticas y formales con la obra de Orbe son notables. También aquí hay una visión crítica de la realidad, un procedimiento argumental y temático muy simple, que reduce las situaciones al enfrentamiento de dos mundos antagónicos y los personajes a estereotipos de conocida factura física y moral y extrema simplicidad psicológica. Y todo ello con una llamativa presencia del narrador que introduce monólogos, explicaciones, discursos didácticos y juicios morales, convirtiéndose en una instancia omnisciente y nada objetiva. Una novelística, por tanto, caracterizada por su arcaísmo estilístico, la pobreza de recursos, idénticos códigos temáticos que en la poesía y el teatro y un alejamiento de la narrativa de la época que llama mucho la atención. Esta última característica quizá se deba a las virtualidades que para sus objetivos los socialistas encontraron en la novela popular y el folletín, aunque no habría que perder de vista también factores como la escasa alfabetización del público lector, el alto precio del libro o la mayor envergadura y exigencia del género narrativo largo, lo que podría ayudar a explicar la predilección por la poesía, el teatro o el cuento. Sea como fuere, lo cierto es que al margen de los dos autores antes mencionados y una pequeña producción —alguna realmente original, como la novela *Lo humano*,

⁶⁵ Cfr. MAGNIEN, B. (ed.): *Hacia una literatura del pueblo: del folletín a la novela*, Barcelona, Anthropos, 1995.

único intento de crear una pieza literaria que parte del cientifismo naturalista— de Francisco Doménech⁶⁶, tan sólo unos pocos militantes, entre los que destaca Julián Zugazagoitia, el novelista socialista por excelencia, cultivaron con cierta regularidad este género⁶⁷. Entre 1927 y 1930, Zugazagoitia publicó tres novelas: *Una vida anónima*, *El botín* y *El asalto*. Cada una de ellas es un capítulo novelado de la historia del movimiento obrero vasco y giran todas en torno al tema de la minería⁶⁸. Escritas desde la perspectiva de la lucha de clases, pero donde hay que apuntar como aspecto positivo la relegación a un segundo plano de los aspectos doctrinales —si bien éstos nunca faltan—, el periodista y escritor vasco incorporaba un personaje colectivo, la clase trabajadora, a la novela. Más acabadas y mejor estructuradas —en ocasiones consigue enlazar con gran tino y naturalidad lo puramente novelesco y lo histórico— que los precedentes que anteriormente hemos esbozado, no por ello sus obras adolecen de algunos de sus caracteres.

El cuento, tanto en cantidad abrumadora como en relativa calidad, vino a ser el género más apropiado para cumplir más certeramente los fines —fines no escritos, más bien tácitos, pero totalmente reales— que se marcó la literatura socialista española. La necesaria brevedad del cuento facilitaba su lectura y abarataba su difusión enormemente a través de colecciones económicas y de cierto éxito en cuanto a su tirada, que se expendían en quioscos, en las propias casas del pueblo aprovechando las celebraciones del Primero de Mayo y, en menor medida, librerías. Algunas de estas colecciones fueron, por ejemplo, la titulada *Cuentos para futuros socialistas*, editada entre 1906

⁶⁶ Además de *Lo humano: novela sobre los problemas del hombre*, Valencia, Sempere, 1910, Doménech —autor también del ensayo *La educación socialista en España*, Madrid, Imprenta Calleja, 1906— publicó *Sueños pasados y futuros: novelas cortas*, Bilbao, R. Wamba, 1911.

⁶⁷ Entre ellos, Miguel R. Seisdedos, con obras como *Allá en tiempos*, *Lo que no pudo ser*, *La última noche* y *Como la piedra del arroyo*; Sánchez Domínguez, B. —Bersandín—: con las novelas *Sóñar sin vivir*, *Fiesta y Sangre*, *La Sayaguesa se casa*, *La Castellana de Cerralbo* y *Torbellinos en la huerta*, y Ranchal, M.: *¡Alerta!* (*Novela de la Guerra*).

⁶⁸ FUENTES, V.: «La novela social española en los años 1928-1931», *Ínsula*, 278, enero de 1970, pp. 12-24. Datos y reflexiones muy interesantes sobre la novela de temática minera en los años treinta y sus precedentes se encuentran en PÉREZ BOWIE, J. A.: «La temática minera en la novela de los años treinta», *Studia Philologica Salmanticensia*, 2, 1978, pp. 209-234.

y 1909 por la *Revista Socialista*⁶⁹; *Alma Rebelde*, gavilla de cuentos publicada por Meliá en 1908; la incluida en la revista semanal *El Cuento infantil*; las que en esa misma fecha de 1924 o muy próxima editaron la obra de Emilio González Linera⁷⁰ o la que iniciada en marzo de 1927 y que se prolongó hasta la República pretendía dar a conocer relatos de grandes maestros de la literatura mundial. La existencia de estas colecciones, pocas en número, no debe hacer olvidar que el mecanismo de publicación más directo y corriente de los cuentos era su inclusión en las mismas páginas de la prensa socialista⁷¹.

La mayor parte de los cuentos presentan unos rasgos comunes en relación a la temática —con cuatro subgéneros: el mundo del trabajo, el mundo de la infancia, los enemigos del proletariado y el relato fantástico—, los personajes —obreros, burgueses y autoridades— y la concepción ideológica —en cuanto a la visión del hombre, de la sociedad, de la naturaleza y la ciencia, del trabajo y, por último, de la religión— que entronca directamente con las «verdades» socialistas y su interpretación del mundo y de las cosas. En el estilo se observa, en cambio, una cierta variedad, si bien casi

⁶⁹ Más tarde, la colección, que constaba de diez relatos, pasó a llamarse *Cuentos infantiles*. Escritos todos ellos por Meliá, un análisis de los mismos se encuentra en LUIS MARTÍN, F. de, y ARIAS GONZÁLEZ, L.: «El cuento en la cultura socialista de principios del siglo XX: aproximación a la obra de Juan Almela Meliá», *Sistema*, 93, noviembre de 1989, pp. 115-131.

⁷⁰ Aunque se trata de varios libros, publicados probablemente en 1924 con excepción de dos de ellos, que son anteriores a esa fecha, cada uno incorporaba una colección de narraciones breves de este autor. Son sus títulos *Cuentos breves*, *El abuelo y otros cuentos*, *Los dos caminos y otros cuentos infantiles*, *El maestro y otros cuentos infantiles* y *Ramiro: libro de lectura para la infancia*.

⁷¹ Dentro de *El Socialista*, por poner el ejemplo más significativo, aparecieron secciones y espacios dedicados a este género. Así, en 1908 se abrió la titulada «Cuartillas Volanderas» donde Meliá publicaba semanalmente cuentecillos y narraciones breves; entre 1913 y 1915, aparece «El Cuento del domingo», donde junto a relatos de autores extranjeros aparecían otros de escritores españoles como Eulogio R. de la Fuente, Fernando de Luque o los socialistas Lucio Martínez Gil y el omnipresente Meliá. Entre noviembre y diciembre de 1926, de nuevo Meliá publicaba en forma de folletón una colección titulada «Cuentos verosímiles». Desde el 7 de octubre de ese mismo año y hasta el verano de 1927, Eleuterio C. de Andorra inauguraba la sección «Cuentos del otro jueves». En 1927 comenzaba la publicación de relatos de grandes maestros de la literatura, dentro de la sección «Folletines de *El Socialista*» y, finalmente, a partir de 1929 «Bersandín» escribiría una colección de cuentos y pequeños relatos en la sección titulada «Novelerías Domingueras».

todos los relatos se mueven dentro del estrecho marco de lo que se ha dado en llamar de forma muy amplia «literatura popular»⁷². Y a excepción de Tomás Meabe, que aúna rasgos del simbolismo francés con la fuerza expresiva y expresionista de Baroja y Unamuno, convirtiéndose en el narrador socialista de mayor calidad; de Luis Torres y Eleuterio C. de Andorra, con elementos noventayochistas; y de Meliá, que en algunos relatos se muestra como un experimentado prosista, dominador de los registros del habla coloquial madrileña y con un sentido del humor que lo emparenta con una línea trazada por Mesonero Romanos y popularizada por Arniches, el resto de los autores viene marcado por un mismo patrón estético, mezcla de folklorismo, tardorromanticismo, periodismo decimonónico de crónica y todos los resabios y trucos del folletín y la subliteratura por entregas y hasta el género chico y los teatros por horas⁷³.

¿Arte socialista en España?

Aunque los socialistas expresaron en todo momento una valoración elevada del arte y de su misión ética y social —se afirmaba que la obra «verdaderamente» artística era, por un lado, factor de moralidad que hacía a los hombres buenos y felices⁷⁴ y, por otro, «el más generoso guía del ideal, el más decidido impulsor de la fe, el más seguro propulsor del socialismo y de la revolución»⁷⁵—, y aunque no dejaron de reclamar la necesidad de que el arte no fuese monopolio privativo de las clases privilegiadas, en realidad ni lograron pasar de éstas o parecidas afirmaciones genéricas —se habla casi siempre, sin mayores precisiones, de un «arte social», al servicio de todo el pueblo— ni crearon en ningún momento una estética propia o autónoma, excepción hecha de una iconografía no muy abundante y consistente en imágenes y dibujos que ilustraban sus periódicos y revistas. Es cierto, sin embargo, que en algunos artículos y trabajos aparecidos en la prensa socialista —principalmente en *El*

⁷² Cfr. ÁLVAREZ, J., y RODRÍGUEZ, M.^a J. (coords.): *Diccionario de literatura popular española*, Madrid, Colegio de España, 1997.

⁷³ Cfr. ARIAS GONZÁLEZ, L., y LUIS MARTÍN, F. de: *La narrativa breve socialista en España. Antología (1890-1936)*, Madrid, UGT, 1998.

⁷⁴ Véase, por citar un ejemplo, AGUILERA, E. M.: «El arte como factor de propaganda moral», *El Socialista*, 5.903, 11 de enero de 1928, p. 4.

⁷⁵ *El Socialista*, 5.039, 1 de abril de 1925, p. 2.

Socialista, *La Nueva Era* y *La Lucha de Clases*— resuenan ecos de Ruskin, de la teoría del arte de Williams Morris y de su discípulo Walter Crane, y que se recogen reflexiones de algunos de los socialistas europeos más preocupados por estos temas, como los belgas Jules Destrée, Emile Vandervelde y Edmond Picard, el inglés Abbot o el francés Jean Jaurès. Es verdad también que algunos militantes y dirigentes españoles, como Zugazagoitia, Ovejero, Araquistáin, Bargalló, Pradal, Azorín o Emiliano Aguilera, mostraron cierta sensibilidad y atención hacia las cuestiones artísticas, pero, salvando estas excepciones, no cabe hablar, como decía antes, de una elaboración teórica sobre el arte en el socialismo hispano, permaneciendo aferrado a concepciones plásticas de origen decimonónico e impermeable, como enseguida veremos, a las nuevas tendencias y movimientos artísticos de vanguardia que fueron apareciendo en Europa y España a lo largo del primer tercio del siglo xx.

La «obsesión» por el «arte social», aquel que refleja la realidad, se preocupa por los oprimidos y expresa las aspiraciones de la clase trabajadora, hizo que los socialistas, si bien en mucha menor medida que los anarquistas⁷⁶, mostraran sus preferencias por una serie de artistas «comprometidos», aunque procedentes o representantes de distintas corrientes estéticas, como, por ejemplo, el neoclásico David, los románticos Gericoult y Delacroix o los realistas Courbet, Daumier, Steinlen, Meunier y Cutanda⁷⁷. Pero como quiera que el arte no sólo debía reflejar la realidad social, sino laborar también por una luminosa misión, la de «labrar la senda del porvenir humano y ser mensajero del ideal», la prensa socialista, aunque más tarde en el tiempo y en una proporción muy inferior a la anarquista, incluyó en sus páginas alegorías y dibujos que expresaban ideales de justicia social, fraternidad o redención de los trabajadores.

Todas estas exigencias, que encerraban una concepción del arte entendido como un medio y no como un fin en sí mismo, como una herramienta didáctica, de creación y reproducción de valores ideológicos y de cohesión del grupo, condujeron al socialismo a dis-

⁷⁶ Cfr. LITVAK, L.: *op. cit.*, de la misma autora: *La mirada roja. Estética y arte del anarquismo español (1880-1913)*, Barcelona, Editorial del Serbal, 1988.

⁷⁷ David tuvo una fuerte influencia en grafistas e ilustradores socialistas como A. Dantín, D. Puerto o Alfaraz. Gericoult y Delacroix fueron copiados abiertamente en las composiciones y dibujos de Exoristo Salmerón, «Tito» o de José Bardasano, entre otros. Reproducciones de cuadros y esculturas de Steinlen, Meunier y Cutanda aparecieron en varias ocasiones en *El Socialista* y en *La Lucha de Clases*.

tinguir entre un «arte comprometido» y otro «decadente» que, si por un lado les hizo caer en una concepción normativa y hasta cierto punto cerrada de la estética, les alejó, por otro, de la renovación o de una buena parte de la renovación artística contemporánea, aferrados como estuvieron a unos lenguajes plásticos fundamentalmente de corte realista y pretendidamente revolucionarios.

Este «conservadurismo» estético —una de cuyas causas era en ocasiones la simple copia de modelos tradicionales preexistentes— quedó muy patente en la arquitectura, donde se produjo el mayor número de realizaciones artísticas. El socialismo español acabó identificándose con el modelo de ciudad-jardín como el más adecuado para el desarrollo urbanístico del futuro; un modelo que bebía directamente de los planteamientos de Ebenezer Howard —recogidos en su influyente obra *The Garden City of Tomorrow*—, si bien a través de las adaptaciones sucesivas llevadas a cabo por el francés Benoît Lévy y por los españoles Cebriá Montolíu, Arturo Soria y González del Castillo; un modelo, en fin, que se empleó para la construcción de zonas y barrios residenciales burgueses —de clase media-alta—, con un trazado formal y un tipo de casas muy específicos. Pues bien, cuando la Cooperativa Socialista de Casas Baratas «Pablo Iglesias», la empresa de mayor calado de cuantas puso en pie el socialismo y dedicada desde su fundación en 1926 a la construcción de viviendas obreras, alcanzó el adecuado apoyo en número de afiliados y los medios económicos suficientes, sus máximos responsables, Vicente Hernández Rizo y el arquitecto Francisco Azorín, se lanzaron a hacer realidad el sueño de edificar ciudades o poblaciones socialistas de acuerdo al modelo de ciudad-jardín burguesa. Esta magna aspiración se iría desdibujando poco a poco, limitándose finalmente a construir «barrios-jardines» —que conservaban algunos elementos del modelo básico de ciudad-jardín como en la colonia madrileña «Pablo Iglesias», grupos de viviendas —en los que se mantuvieron los rasgos distintivos de la disposición y ordenación propia de las casas unifamiliares o pareadas de la ciudad-jardín— y viviendas en espacios previa y totalmente urbanizados. Si las críticas —ya contemporáneas— al conservadurismo de la ciudad-jardín —se las acusaba también de favorecer la insolidaridad social—, no afectaron en lo más mínimo a los responsables de la Cooperativa, éstos —como la mayoría de los demás arquitectos españoles de entonces, excepción hecha de los miembros del GATEPAC— ignoraron olím-

picamente otras experiencias de residencia obrera de estos años en Europa y de concepción —éstas sí— progresistas y aún de corte radicalmente rupturista como las de Taut, Haesler, May, Otto Wagner, Gropius o Le Corbusier. Era evidente que el arquitecto socialista Azorín se sentía mucho más cercano al apacible pueblo de Mulhouse y a lo que éste representaba —con su rechazo frontal de la vivienda colectiva y su ideal de chalet con huerta o jardincito— que a la «vivienda mínima» de Klein o a las propuestas del GATEPAC en España⁷⁸.

Durante la etapa en la que los socialistas edificaron prácticamente la totalidad de sus casas del pueblo, que se corresponde con el primer tercio del siglo XX, se observa el dominio de las tendencias arquitectónicas más tradicionales dentro del sector de la construcción española, dominio que no pudo ser modificado ni por el limitado empuje del Modernismo ni por las propuestas rupturistas encarnadas en el GATEPAC. Los escasos arquitectos socialistas, Francisco Azorín, Gabriel Pradal o Francisco Albiñana, así como las publicaciones relacionadas con la actividad constructiva —especialmente *Hogar Obrero*, órgano de la Cooperativa de Casas Baratas «Pablo Iglesias»— no realizaron aportación teórica alguna ni análisis o comentarios a propósito de las concepciones arquitectónicas o estéticas que guiaron su quehacer, excepción hecha de cuestiones meramente técnicas. Por otro lado, la ignorancia, cuando no el desprecio —«juego de señoritos»— va a ser la tónica general sobre el enjuiciamiento que, salvo muy pocas excepciones, ofrecen los dirigentes, las bases y los medios de comunicación socialistas ante las novedades constructivas o las nuevas corrientes arquitectónicas tanto en España como en el extranjero⁷⁹. En mi opinión, las causas que explican este hecho y el conservadurismo que caracterizó las propuestas arquitectónicas socia-

⁷⁸ Un análisis pormenorizado de la Cooperativa, así como de los proyectos urbanísticos y residenciales del socialismo en comparación con otras propuestas dentro y fuera de España se encuentra en el espléndido trabajo de ARIAS GONZÁLEZ, L.: *Socialismo y vivienda obrera en España (1926-1939)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003.

⁷⁹ Resulta muy significativo, como ejemplo, que cuando en la prensa socialista se recogen artículos sobre la Casa del Pueblo de Bruselas o los edificios del «Vooruit» en Gante, apenas hay comentarios sobre su estilo arquitectónico, el empleo de nuevos materiales o su incardinación en el contexto de la nueva arquitectura europea, limitándose tan sólo a pronunciar frases elogiosas y muy genéricas sobre su monumentalidad, su altura o su belleza.

listas, tal y como se aprecia en la mayoría de las casas del pueblo construidas, son fundamentalmente tres: 1) El rechazo por parte de clientes, constructores y ámbitos académicos españoles a la renovación arquitectónica, primando las soluciones ancladas en el historicismo y el eclecticismo más rancios⁸⁰. 2) Una tendencia casi visceral de oposición por parte de los socialistas hacia todo lo que supusiera vanguardia artística, y las vanguardias arquitectónicas no constituyeron una excepción a esta regla. Aun con excepciones —que igualmente las hubo en nuestro país—, también en Europa lejos de imponerse los nuevos lenguajes europeos en la construcción de casas del pueblo, la mayor parte siguieron pautas neoclasicistas como concepción de base y con un estilo dominante que muy bien puede ser definido como ecléctico⁸¹. 3) La mayor parte de las casas del pueblo fueron levantadas bajo la dirección de albañiles aventajados y maestros de obras, siendo mínima la intervención de arquitectos y reservada a los edificios más importantes. Esos hombres suplían su falta de formación especializada con una carga de conocimientos empíricos que les llevaba a reproducir los sistemas constructivos tradicionales y las fórmulas estéticas a las que estaban acostumbrados por su trabajo diario, huyendo de cualquier experimentalismo y adoptando y perpetuando los modelos que más éxito tenían, es decir, los más fácilmente aceptados y conformes a los gustos de constructores y clientes. De esta manera, al analizar los estilos arquitectónicos de las casas del pueblo se observa un predominio notable de los más conservadores así como de las tradiciones estéticas locales frente a los planteamientos vanguardistas que —como las casas del pueblo de Baracaldo, León u Oviedo— constituyeron una excepción en ese general panorama⁸².

Uno de los sectores artísticos más originales y ricos del socialismo —también uno de los menos estudiados— es el del cartel y la imagen propagandística utilizada principalmente en la prensa obrera y que sirvieron para transmitir los temas, símbolos y valores del universo

⁸⁰ Cfr. FLORES, C.: *Arquitectura española contemporánea, I. 1880-1950*, Madrid, Aguilar, 1989, pp. 83-94.

⁸¹ Cfr. DEGL'INNOCENTI, M. (coord.): *Le Case del Popolo in Europe (Dalle origini alla seconda guerra mondiale)*, Florencia, Sansoni Editore, 1984; también SCASCIGHINI, M.: *La Maison du Peuple: le temp d'un édifice de classe*, Lausana, Presses polytechniques et universitaires romandes, 1991.

⁸² LUIS MARTÍN, F. de, y ARIAS GONZÁLEZ, L.: *Las Casas del Pueblo socialistas en España (1900-1936)*, Barcelona, Ariel, 1997.

socialista. Del análisis que realicé hace algún tiempo junto con el profesor Arias González de las portadas de *El Socialista* —temática, simbología, corrientes estéticas...— referidas al Primero de Mayo entre 1886 y 1936⁸³, y que aquí sintetizo, pueden extraerse algunas interesantes conclusiones. En primer lugar, y habida cuenta de las escasas ilustraciones que incluye el periódico sobre acontecimientos importantes del momento, de los temas que desarrollan y de las técnicas empleadas, que no hubo una visión moderna del periodismo gráfico —aspecto que puede hacerse extensivo al conjunto de las publicaciones socialistas— y que se apostó por una iconografía trascendente, intemporal, machaconamente ideologizada, con un predominio abrumador de lo simbólico, cargado de «valores» y consignas, como ocurrió también con la mayoría de los textos incluidos en cada ejemplar del diario. Es evidente que la influencia decimonónica del periódico político siguió pesando con mucha fuerza y que *El Socialista* fue incapaz de liberarse de ella y adaptarse a los nuevos tiempos. En segundo lugar, que los temas y símbolos que se representan son los mismos que aparecen en la literatura y subliteratura obrera socialista. La relación entre el lenguaje icónico y el lenguaje literario aparece nítidamente y no sólo por lo que se refiere a la temática que incorporan o por el sistema simbólico que suponen sino también, y lo que es más importante, por la significación básica que se desprende de una y otro. No hay, por tanto, una excesiva originalidad. En tercer lugar, que tanto las constantes temáticas —el Primero de Mayo como jornada de movilizaciones y manifestaciones, el socialismo conduciendo al proletariado a la libertad, el Primero de Mayo como día festivo, la necesidad de divulgar la idea socialista, la dureza de las condiciones sociales y laborales...— como la simbología presente en los grabados —la representación del obrero, de los enemigos de clase, del progreso, de la cultura, de la naturaleza, del trabajo, de los líderes socialistas...—, caracterizada por la facilidad de lectura e interpretación y la simplicidad del mensaje —lo que los convierte en meros estereotipos—, están directamente relacionadas con los mensajes, las ideas y las consignas de los dirigentes e ideólogos socialistas, con el interés por crear un lenguaje político propio que identifique y cohesionese al grupo y con la finalidad didáctica —y propagandística— que atribuyeron a esta iconografía. En cuarto lugar, y por lo que hace al origen de

⁸³ *Id.*: «Iconografía obrera: imágenes y símbolos visuales del 1.º de mayo en *El Socialista* (1886-1936)», *Revista de História das Ideias*, vol. 18, 1996, pp. 63-114.

los temas, símbolos y técnicas usadas, que los ilustradores echaron mano de ámbitos culturales y cronológicos tan dispares como los de la mitología y el mundo clásico, el cristianismo⁸⁴, el mundo ilustrado y laicizante de los siglos XVIII y XIX o la órbita revolucionaria. Y en quinto y último lugar, que resulta complicado intentar definir la estética que caracterizó esta imaginería visual puesto que si por un lado no hubo una única corriente definida, por otro apenas existió una preocupación por la estética y la calidad de las ilustraciones, subordinando siempre el continente al contenido. En todo caso, la nómina exigua de grafistas, entre los que se encuentran A. Dantin, «Tito», Paulino Vicente, C. Ismer, Alfaraz, Bardasano o Robledano, adaptaron una serie de corrientes estéticas, destacando la del grabado popular, la neoclásica, la romántica, la del realismo y la del realismo social, la del modernismo y la publicidad gráfica del cartel, la de la sátira política y el humorismo gráfico. El alejamiento de toda innovación, ya sea de imagen o de tipografía, y una cierta obsesión purista hizo que se huyera de todas las vanguardias, bien se trate de la del realismo soviético —representado en España esencialmente por Josep Renau—, la abstracción, el *art déco* o los fotomontajes, identificadas con el comunismo, el anarquismo, el fascismo o el capitalismo decadente y comercializado.

Habrá que esperar a la guerra civil y en ella a la elaboración de una abundante cartelística, en la que los socialistas, al igual que

⁸⁴ La dimensión religiosa de la cultura obrera socialista parece fuera de toda duda. Si en no pocos de los discursos, textos y poesías alusivos al Primero de Mayo se reinterpretan en clave laica fiestas religiosas como la Navidad, la Pascua o Pentecostés, muchas de las manifestaciones de ese día suponían una especie de adaptación de las tradicionales procesiones religiosas. La Parusia cristiana se convertía en el triunfo de la Revolución, la cual vendría acompañada del Juicio Final que condenaría a los ricos y ociosos y redimiría a los pobres y explotados. En algunos textos Jesús es presentado como el primer socialista, cuyo mensaje de igualdad y liberación fue traicionado luego por la Iglesia y el clero. El Socialismo, a su vez, se describía como una nueva fe, como una religión de salvación que tenía sus santos, sus profetas, sus apóstoles y prosélitos, su palabra revelada, sus dogmas y sus tradiciones «eclesiales». Véase JULIÁ, S.: «Fieles y mártires», *Revista de Occidente*, 23, abril de 1983, pp. 61-75; PÉREZ LEDESMA, M.: *El obrero consciente*, Madrid, Alianza, 1987, especialmente el capítulo 5: «¿Pablo Iglesias, santo? La mitificación de un líder socialista», pp. 142-152; SPONH, W.: «Religiosidad, laicismo, socialismo: Religión y formación de la clase obrera en la Alemania Imperial (1871-1914)», *Historia Social*, 16, primavera-verano de 1993, pp. 51-70; LUIS MARTÍN, F. de, y ARIAS GONZÁLEZ: *Las Casas del Pueblo socialistas en España...*, especialmente el apartado titulado «Simbología, liturgia y rituales en la Casa del Pueblo», pp. 69-74.

el resto de las fuerzas políticas y sindicales, participan con entusiasmo —aunque en menor medida que anarquistas y comunistas— como privilegiado instrumento de propaganda y de difusión cultural, para que todas las corrientes gráficas que surgieron tras el año 1917 —lo que ha venido denominándose «Diseño post-17»— y en las que se encuentran desde rasgos cubistas hasta otros constructivistas y del movimiento De Stijl, hagan su aparición en la ilustración política socialista.

En relación con otro tipo de manifestaciones artísticas, la característica común que presentan —excepciones, y muy contadas, aparte— es su inconsistencia y su general conservadurismo estético. Es lo que ocurrió con la escultura, donde destaca la obra de Emiliano Barral con dos aportaciones fundamentalmente, el mausoleo erigido a Pablo Iglesias en el cementerio civil de Madrid, que se inauguró en abril de 1930 y cuya tumba, en la que también colaboró el arquitecto Francisco Azorín, reflejaba influencias del expresionismo alemán⁸⁵, y el monumento a Pablo Iglesias en el Parque del Oeste, de Madrid (1932-1936), en el que participaron también el arquitecto Santiago Esteban de la Mora y el pintor Luis Quintanilla. Este proyecto, cuya idea fue tomada del camposanto de Pisa, era un recinto donde destacaba un grupo escultórico simbolizando al proletariado en marcha, la cabeza de Pablo Iglesias labrada en granito y seis grandes paños y dos pequeños, pintados al fresco, que describían la vida y obra del fundador del socialismo⁸⁶. Fue Quintanilla el autor de la obra pictórica más conocida y celebrada del socialismo; se trata de los frescos para la Casa del Pueblo de Madrid, ubicados en el Salón Grande e inaugurados en septiembre de 1931 y que, con sus figuras de volúmenes geométricos, representaban «la marcha progresiva de las ideas de emancipación de los trabajadores hacia

⁸⁵ Una completa descripción de los elementos que conformaban el mausoleo —los sillares y su disposición, la maternidad, la torre con la figura del hombre a su pie, los frisos con la representación de los grupos de trabajadores o el templete con la testa de Iglesias— puede leerse en AGUILERA, E. M.: «Arte funéreo. El monumento a Pablo Iglesias en el Cementerio Civil», *Almanaque de El Socialista para 1928*, Madrid, Gráfica Socialista, 1927, pp. 47-51. Otros datos, así como fotografías del monumento, en «El mausoleo a Pablo Iglesias», *Almanaque de El Socialista para 1931*, Madrid, Gráfica Socialista, 1930, pp. 106-107.

⁸⁶ «El proyecto de monumento a Pablo Iglesias en el Parque del Oeste», *Tiempos Nuevos*, 1, 20 de abril de 1934, pp. 14-15.

un mundo mejor»⁸⁷. Habría que comentar también que otros pintores que se aproximaron al socialismo o que llegaron a militar en él, como fue el caso de Francisco Mateos o del pintor y escultor Alberto Sánchez, abandonaron su militancia sin haber encontrado eco o recepción en el socialismo de sus novedosas propuestas estéticas. Otro tanto ocurrió con los redactores —Pérez Minik, García Cabrera, Francisco Aguilera...— de *Gaceta de Arte*, la revista tinerfeña que entre febrero de 1932 y junio de 1936 constituyó el pilar más sólido para la difusión del nuevo arte europeo y español durante los años treinta⁸⁸, por cuanto, tal y como señala Pérez Minik, ni *El Socialista* ni el resto de la prensa socialista les prestó la menor atención pese a estar afiliados entonces al PSOE⁸⁹.

Tampoco en el campo de la música hubo aportación alguna digna de reseña fuera de algunos militantes voluntariosos que, como Rafael Carratalá o Isidro Rocamora, compusieron himnos, de los directores de orquesta, orfeones o coros socialistas como Francisco Mora⁹⁰, Antonio Hernández, Francisco Collado, el profesor Palafox o los maestros Bornay Calabuig y Germán Dafaucé, y de aquellos que, como Francisco Núñez Tomás, Juan Fernán Pérez, Dionisio Correas o el crítico musical José Subira, se esforzaron, con más entusiasmo que acierto, en fomentar el interés por la música entre los obreros.

El cine como arte de masas sólo fue objeto de una reflexión teórica en los años de la Segunda República. En el XVII Congreso de la UGT (1932) se incluyó una ponencia titulada «Industrias Cinematográficas», en la que se pedía una industria nacional del cine por cuanto «abandonar a la iniciativa privada este elemento esencial

⁸⁷ Opinión dada por Trifón Gómez, a la sazón presidente de la Casa del Pueblo, en un acto celebrado con motivo de la inauguración de las pinturas y que se recoge en CASA DEL PUEBLO DE MADRID: *Memoria de la Junta Administrativa, 1932*, Madrid, Gráfica Socialista, 1932, p. 21. Fotografías de los frescos pueden verse en *Almanaque de El Socialista para 1932*, Madrid, Gráfica Socialista, 1931.

⁸⁸ Cfr. BRIHUEGA, J.: *Las vanguardias artísticas en España. 1909-1936*, Madrid, Istmo, 1981, p. 334.

⁸⁹ PÉREZ MINIK, D.: *Facción española surrealista de Tenerife*, Barcelona, Tusquets, 1975, pp. 23-25.

⁹⁰ Sobre la para muchos sorprendente faceta musical del internacionalista y fundador del socialismo, primer maestro-director del Orfeón Socialista Madrileño, pueden verse los artículos de MARTÍNEZ, R.: «Recuerdos añejos. Un reflejo de la labor cultural y artística de Mora», y CORDERO, M.: «Francisco Mora, internacionalista y fundador del Partido», *El Socialista*, 4.767, 30 de mayo de 1924, p. 2, y 4.771, 23 de mayo de 1924, p. 1.

de formación de masas, supondría mediatizar la conciencia cultural del pueblo, como en otros géneros artísticos viene lamentablemente ocurriendo debido al excesivo mercantilismo en que se desenvuelven»⁹¹. Esta iniciativa, propuesta en aquel momento por la Federación de Industria de Espectáculos Públicos pero latente ya desde los años veinte, traducía una clara conciencia del valor del «cinema» como instrumento de educación de masas y una protesta contra la poderosa influencia que las industrias extranjeras, y especialmente la norteamericana, ejercía en España por mor de una raquítica industria propia y una legislación permisiva e ineficaz, saturando el mercado de cintas que eran «pura opereta y frivolidad»⁹². Pero más allá de esta denuncia, muy poco fue lo que se hizo en la práctica. Tenemos escasas noticias sobre el cine que se proyectaba en centros obreros y casas del pueblo, si bien por los datos acopiados —y aún más por su misma ausencia— mi impresión es que fueron muy pocos los lugares —Yecla, Barruelo de Santullán, Oviedo quizá— donde se instaló un aparato cinematográfico, y en éstos no hay referencias sobre el número y el tipo de películas proyectadas. En este sentido, resulta altamente significativo que en la Casa del Pueblo de Madrid, el centro cultural y artístico socialista por antonomasia, no se llegara a instalar nunca un «cinematógrafo». La única experiencia de cierto interés fue el «Cine-Club Proletario» puesto en pie en los años treinta por el Sindicato de Trabajadores del Crédito y las Finanzas y que teniendo como objetivo la difusión del cine social se limitó a la proyección de algunas cintas de realizadores soviéticos y de un documental propio, *El Despertar Bancario*, claramente propagandístico⁹³.

Es posible que a la luz de todo lo que se ha expuesto aquí las palabras con que Francisco Mateos denunciaba al comenzar la Segunda República desde el periódico *La Tierra* la estrechez artística del socialismo parezcan extraordinariamente lúcidas y rigurosas. «En otro tiempo —afirmaba el pintor— y en las mismas columnas de *El Socialista* hemos defendido situaciones de arte moderno y sincero, que no encontró el apoyo y estímulo suficiente, y en cierto momento

⁹¹ *El Socialista*, 7.394, 18 de octubre de 1932, p. 3.

⁹² «La misión educativa del cinematógrafo», *El Socialista*, 4.846, 18 de agosto de 1926, p. 1.

⁹³ Cfr. CASTILLO, S., y ALONSO, L. E.: *Proletarios de cuello blanco. La Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*, Madrid, UGT, 1994, p. 164.

supo de la desautorización al dar paso en las mismas columnas a opiniones vulgares y sin control. El artista, escritor, pintor, etc., vio en el partido socialista demasiado materialismo político y huyó de él para acercarse a otros grupos donde su obra fuese mejor comprendida y estimulada [...]. El partido socialista viene a la gobernación en el momento más propiciatorio para realizar la mayor parte de su contenido social y político. En materia de educación, el arte es quizá lo más importante y, sin embargo, es en el arte donde el partido socialista, por una actuación equivocada, no cuenta con elementos»⁹⁴.

Epílogo

A pesar de las solemnes declaraciones teóricas y programáticas sobre la importancia de la cultura y su papel como principal instrumento de transformación social, lo cierto es que, tal y como se ha podido ver, en la práctica fue un asunto menor o, si se prefiere, un asunto donde es necesario distinguir entre deseos y realidades. Porque si muchas fueron las iniciativas que no llegaron a cuajar definitivamente, todas sin apenas excepción tuvieron un alcance más bien limitado. La prioridad de la actividad política y sindical, por un lado, y de «la lucha por la vida» por otro, en un tiempo y una sociedad donde las condiciones laborales, sociales y económicas apremiaban a la clase trabajadora a combatir por mejorar su situación, podrían explicar en parte esta realidad. Otras razones descansan sin duda en la tradicional apatía cultural de los obreros, favorecida por el analfabetismo y una raquítica política educativa y cultural del Estado. Es posible también que muchos afiliados vieran en las organizaciones obreras meras entidades de servicio de las que obtenían beneficios o rentabilidad a cambio de una módica cuota, pero con las que no había un compromiso de identificación personal ni una implicación o participación que rebasara el mínimo establecido por el pago de la cuota —cuando se pagaba— y la asistencia a unos pocos actos del sindicato o de la Casa del Pueblo. O quizá la explicación última esté en que la cultura vehiculada por los dirigentes atrajo sólo a un porcentaje pequeño de la militancia —los «obreros

⁹⁴ El texto completo del artículo, titulado «Los socialistas y el arte», aparece recogido en BRIHUEGA, J.: *La Vanguardia y la República*, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 283-285.

conscientes»—, mientras una gran mayoría seguía siendo fiel a los parámetros, manifestaciones y lugares de sociabilidad de esa cultura popular —romerías; corridas de toros; fiestas, ferias, bailes y música populares; deportes de masas, especialmente el fútbol; tabernas y cafés; el cine; la subliteratura de quiosco...— tan denostada por las cúpulas rectoras del socialismo. En cualquier caso, el esfuerzo, tanto de personas individuales como de instituciones y organismos culturales, por tratar de vencer estas resistencias no dio el fruto esperado, como se desprende de los comentarios y análisis recurrentes a propósito del desinterés y la apatía generalizados de los obreros por las iniciativas propuestas.

Dentro de este marco, los socialistas dieron a las cuestiones educativas la máxima importancia y fueron ellas, en consecuencia, las que concitaron la mayor preocupación, sobre todo por las carencias estatales en esta materia. En este ámbito el socialismo se situó en unas posiciones de avanzada al hacer suyos planteamientos y propuestas que bebían directamente de las corrientes pedagógicas más progresistas. Por contra, ni la literatura socialista ni las manifestaciones artísticas rebasaron nunca los estrechos límites marcados en un caso por la subliteratura política —lo que provocó tener que recurrir a la literatura «burguesa» para administrar las «otras» necesidades lectoras y literarias— y por unos lenguajes estéticos conservadores en otro —lo que apartó al socialismo de cualquier vía de renovación artística—.

Heredera sobre todo del espíritu racionalista hispano, de la ilustración y de las corrientes pedagógicas y laicas del siglo XIX más que del marxismo puro, la subcultura prohijada por el socialismo —así como sus más relevantes personalidades: los Besteiro, de los Ríos, Zugazagoitia, Araquistáin, Meliá, Azorín...—, no se puede entender sin los aportes de esas «tradiciones culturales» ni sin los préstamos e influencias que recibió de otros socialismos europeos, si bien éstos fueron igualmente deudores de los «modelos culturales liberales» de sus respectivos países⁹⁵. Únicamente en la última etapa

⁹⁵ Véase HOBBSBAWN, E. J.: «Las clases obreras inglesas y la cultura desde los comienzos de la revolución industrial», en *Niveles de cultura y grupos sociales*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 200-217; en este mismo volumen, DAVIS, M.: «Formación obrera y pensamiento obrero sobre la cultura en Francia desde mediados del siglo XIX», pp. 220-247. Igualmente, DOMINICI, S.: «La cultura socialista in Italia nell'età liberale: lineamenti e indirizzi di ricerca», *Studi Storici*, 7, enero-marzo de 1992, pp. 235-247.

de la República e impulsado por las Juventudes Socialistas y un grupo de intelectuales radicalizados, tratará de elaborarse un modelo cultural de cuño marxista que incorpora elementos y principios radicalmente nuevos —de procedencia básicamente soviética— y que tratará de romper o de superar —sin conseguirlo finalmente— la vieja cultura socialista y con ella su universo simbólico y los valores que encarnaba.